

## **SAN JUAN DE ÁVILA, DIRECTOR ESPIRITUAL DE SAN JUAN DE DIOS**

Juan de Dios, tras escuchar el sermón predicado por el P. Juan de Ávila, comienza una nueva etapa de su vida que será orientada en todo momento por el maestro Juan de Ávila, estando siempre cercano y apoyando su ministerio de caridad. Juntos proyectan el futuro y la nueva vocación de Juan de Dios de acoger y atender a los pobres y enfermos abriendo un hospital para ellos, contando con la ayuda del apóstol de Andalucía a su proyecto y obra hospitalaria hasta el final de su vida. La dirección espiritual estuvo a cargo del maestro Juan de Ávila que le aconsejó en las dificultades del desarrollo de su obra de caridad y vida espiritual. Tuvo varias entrevistas, le escribió varias cartas y le animó en su misión de ejercer la hospitalidad.

### **1. INTRODUCCIÓN**

El presente trabajo comprende la parte que hace referencia a san Juan de Dios con su director espiritual san Juan de Ávila, en la tesis doctoral que defendí en Salamanca el 30 de junio del 2000, titulada: *san Juan de Dios, Fundador de la Fraternidad hospitalaria. Consolidación de la Fraternidad según documentos inéditos. 1537-1616.*

Cuatro puntos quiero destacar respetando el orden cronológico de su vida: 1.º Juan de Dios, discípulo del P. Juan de Ávila. Lo confirman las fuentes y documentos: las cartas mantenidas entre ambos; las primeras biografías de los mismos. El testimonio de Fr. Luis de Granada, los de los testigos que conocieron a Juan de Dios que lo confirman en el proceso de beatificación de ellos. El testimonio de los documentos de los PP. jesuitas de Granada y el

pleito de los hospitalarios con los jerónimos. 2.º Todo el proceso de conversión que culminó con la vocación hospitalaria, tras el sabio consejo del P. maestro Juan de Ávila, según los testigos de ambos Procesos de Beatificación. Los trascendentales y diferentes encuentros a lo largo de su vida. 3.º Discipulado y carisma de Juan de Dios, que bebe en las fuentes de espiritualidad que vive y predica e inculca el P. Juan de Ávila.

La primera parte de su vida se extiende desde el nacimiento 1495, su paso amplio por Oropesa (Toledo), como pastor, soldado, librero, a la conversión y su opción definitiva por la hospitalidad en Granada 1537. Es el capítulo documentalmente más inseguro de la vida de Juan. Francisco de Castro, su primer biógrafo, quiso envolverlo en silencios y el que menos encaja con los hechos históricos que conocemos por otras fuentes.

Sigue su conversión que culmina con el sermón del maestro Juan de Ávila, 20 de enero de 1537. El apóstol de Andalucía lo aceptó como discípulo, de ahí su estrecha relación, lo alentó en el largo y doloroso camino del ministerio de la hospitalidad, y lo envió peregrino a Guadalupe donde se encontraba, tal vez, la mejor asistencia hospitalaria.

Para comprender el complejo mundo de la pobreza donde Juan eligió encarnarse, hacemos un recorrido histórico por las clases marginadas del momento y por los hospitales de Granada. Nos adentramos en el carisma de Juan de Dios, bebido en el itinerario espiritual del *Audi filia*. Consideramos que sólo desde aquí aparece, con luz propia, el valor profético del carisma de Juan en la sociedad y en la Iglesia.

En la España del siglo XVI entre la turbulencia del cambio reformista, destacaron hombres de Dios, que caminaron en la santidad, entre ellos están san Juan de Ávila y su discípulo fiel san Juan de Dios. Allí encontraría la persona más carismática del momento, Juan de Ávila, surgiendo entre ambos una total sintonía. Se produciría también su gran conversión y comenzaría la gigantesca obra de la Fraternidad hospitalaria, levantada sólo con las limosnas conseguidas por «el más pobre de los pobres».

### 1.1. *El sermón del maestro P. Juan de Ávila*

Los biógrafos recogen el maravilloso ambiente festivo de esta fiesta, que el predicador, con su gran prestigio, contribuyó a real-

zar. Los ánimos estaban a tono, el ambiente encendido. Comienza la Misa pontifical con la solemnidad de la época. Tras el canto del Evangelio, el predicador subió al púlpito. Seguramente estaba enterado de la concurrencia de personas de todas las categorías sociales; manifiesta la división entre quienes tenían fortuna y quienes padecían la pobreza pasando hambre, frío y toda clase de penalidades. El maestro Juan de Ávila pronunció un sermón que caló hondo en sus oyentes. Habló de la importancia del hombre para Dios, que ama a todos y que tiene una preferencia especial por los pobres. Lo señala V. A. Riesco: «Fue el amor lo que empujó a Dios a la locura de tomar nuestra carne y vivir entre nosotros»<sup>1</sup>.

Conocemos el texto del sermón. La fortuna permitió localizarlo a D. Luis Sala Balust, gran investigador de los papeles del P. Ávila y uno de los mejores conocedores y escritores de su vida. Por ventura sería el sermón predicado en estas circunstancias uno autógrafo «pro die sanctorum Fabiani et Sebastiani», en que los trazos y las abreviaturas nos revelan los bríos juveniles del pendolista. En la primera página lleva el título, y en otras cuatro, el texto<sup>2</sup>.

Analizando los libros «Missale Romanum»<sup>3</sup> con el experto profesor Dr. Vianqui, de la Biblioteca Vaticana y verificando la liturgia de la Misa del 20 de enero de 1537, los incunables de esta época señalan el texto de Lc 6, 17- 23. Coincide con el comentario del maestro Ávila en su sermón de la fiesta; en un principio se trata del que predicó en Granada. La idea me fue sugerida por Fr. Giuseppe Magliozzi, la he verificado, analizando varios misales de la época y coinciden en el texto, siendo el resultado muy positivo.

## 1.2. *La incidencia del sermón de san Juan de Ávila en Juan Ciudad*

En Juan Ciudad, el estado de su alma dispuesta al encuentro definitivo con Dios, es decir, a la espera de su designio. A partir de este momento el humilde Juan Ciudad se convierte en Juan de

1 Valentín A. Riesco, *Y Dios se hizo hermano*, Madrid 1994, 25.

2 BV, Ms. H 76 («Lettere e memor. d'uomini illustri per Santità»), ff. 533r-535v. «Sermo authografus habitus a Ven. Servo Dei Joanne de Ávila die sanctorum Fabiani et Sebastiani Martyrum». Comienza así: «Si el Señor no bajara del monte a la llanura». Sobre el texto de Lc 6, 17. Nota 16. Se conserva en la Biblioteca Vallicelliana de Roma.

3 BV, R. G. Liturgia, V. 483, estampado en Roma, 1535. La lectura del Evangelio es de Lc 6, 17-23.

Dios, tanto en el nombre como en los hechos, dando un corte absoluto con su vida pasada. Convirtiendo los años que le quedan de vida en un servicio de amor a los pobres y pequeños de esta tierra y dando comienzo a la que sería la continuación histórica de su obra: La Orden hospitalaria de san Juan de Dios.

D. Manuel Gómez Moreno, presentando este momento de Juan Ciudad, lo destaca de Castro así:

«Herido por la gracia, luchando contra la hostilidad del medio físico y la perversión social sin entrañas, guiado y sostenido por el maestro Ávila, ayudado por el contagio de su caridad entre las gentes, firme en su fe viva sin aparato de injerencias ultraterrenas innecesarias, dada la viril entereza de su alma. Lo sobrehumano está en el valor con que se sobreponía a toda flaqueza; y lo providente, en el fruto que obtuvieron sus sacrificios, resultando en alto grado eficaz el impulso virtuoso que decidió su vocación. En el relato de Castro se transparenta la asistencia divina en el cauce misterioso de la gracia»<sup>4</sup>.

Efecto del sermón es la «revolución espiritual, provocada por la palabra ardiente del apóstol de Andalucía: le sacó de sí con horror de sus culpas, en actos de penitencia desatinados; y cuando recobró el equilibrio, guiado por el mismo maestro Ávila, endereza su vida a remediar las miserias del pobre por todos los medios, humillándose ante Dios con renuncio de amor propio absoluto, y cerrando los ojos a las conveniencias sociales para seguir a Cristo en lo íntimo de su doctrina. Seguía siendo alegre y jovial a través de sus trabajos, se desvivía por el bien ajeno a costa de privaciones y gozaba en el sufrimiento propio»<sup>5</sup>. De todos modos creo que más interesante que cualquier comentario es la lectura del mismo sermón que hemos transcrito completo del autógrafo de la Biblioteca Vallicelliana de Roma<sup>6</sup>.

### 1.3. *Juan Ciudad, discípulo del maestro Juan de Ávila*

Juan, iluminado por Dios que le hace partícipe de su gracia, siente el dolor de sus pecados y responde con un sí sincero y deci-

4 Manuel Gómez Moreno, *Primicias históricas*, Granada 1950, 323.

5 *Ibid.*, *Primicias históricas*, 339-340.

6 José Luis Martínez Gil, *San Juan de Dios, fundador de la Fraternidad Hospitalaria*, Salamanca 2000, AP, n. 1.

dido a la llamada en una vocación concreta: la hospitalidad. Sale por las calles granadinas, pidiendo perdón y la misericordia del Señor.

De su pensamiento, Juan pasa al deseo resolutivo concreto y tras su encuentro con Dios se revolcó en el barro, se golpeó el pecho, regaló los libros y objetos piadosos que antes vendía. Las gentes, al ver estas cosas, pensaban que estaba loco y lo llevan a un manicomio. Casi desnudo y descalzo comenzó su extraña andadura; la carrera del Darro recogió sus gritos. Aquella locura de Juan el librero, era una locura a lo divino. Las gentes se asustaban, como nos asustamos todos ante las cosas que no entendemos.

Dice su primer biógrafo Castro: «siguió otra vez por las calles más principales de Granada dando voces, queriendo desnudo seguir el desnudo Iesu Christo, y hazersele del todo pobre, porque siendo la riqueza de todas las criaturas se hizo pobre, por mostrarles el camino de la humildad»<sup>7</sup>.

Caso similar señala José Ignacio Tellechea de san Ignacio: «Si se dejara llevar de su fervor y deseo, se anduviera por las calles desnudo y emplumado, y lleno de lodo para ser tenido por loco. Aunque mi humildad no sea tanta, acepto la locura de ese intento», y añade: «Su persona fue despertando variadas connotaciones a lo largo de su vida» otro tanto le ocurrió a Juan de Dios, pobre cristiano, prácticamente seglar hasta los cuarenta y cuatro años, «que se dejó llevar a donde no sabía y así resultó santo y Fundador, como lo reconocería oficialmente la Iglesia más de medio siglo después de su desaparición sobre la tierra»<sup>8</sup>.

Juan era consciente de los límites de la ruptura y de la continuidad. Buenos cimientos para la santidad: *pobreza y humildad*. El hecho de Juan, medio loco, se comenta por la ciudad de Granada. Le esperaban sorpresas no imaginadas por su fantasía, excesivamente troquelada por mimetismo, por caminos de otros; batallas poco vistosas y en primera línea, oscuros y complejos adiestramientos. Juan Ciudad pone manos a la obra al ser «vaso de elección» a la que se siente llamado. El P. Juan de Ávila ajeno a todo, también recibe la noticia «de todo lo que había sucedido después del sermón»<sup>9</sup>.

7 Francisco de Castro, *Historia*, 18v-19.

8 José Ignacio Tellechea Idigoras, *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Salamanca 1997, 12, 14, 15.

9 Francisco de Castro, *Historia*, 19.

#### 1.4. *Juan se entrevista con el P. maestro Ávila*

El maestro Juan de Ávila tropieza a lo largo de su vida, con personas de la más diferente constitución, ambiente y psicología: cortesanos, nobles, aventureros, soldados, clérigos, religiosos, monjas, seglares, comerciantes, estudiantes. Todos acuden al hombre sabio y santo en busca de paz para su espíritu y orientación para su vida. El pecho de san Juan de Ávila, dirá el P. Granada, es la botica donde cada cual encuentra la medicina apropiada. De la mutua relación y confluencia de estos dos Juanes, saldrá un tercer Juan, el Juan de Dios, el santo, un producto de la Gracia, bien dirigida y trabajada <sup>10</sup>.

El P. Juan de Ávila se interesó del caso y se entrevistó con Juan. Un encuentro singular. Ahora juntos, los dos cara a cara. La presentación de Juan no debió ser muy allá; en camisa y zaragüelles, descalzo, sucio de barro, la cara de lágrimas y los ojos que daban compasión. El P. maestro con su sotana sencilla, pulcra toda ella. Ambos de la misma edad. El P. Ávila: «Mandó salir fuera a toda la gente que con él venía, y se quedó en el aposento a solas con él» <sup>11</sup>.

Juan se comportó ante el maestro como un cordero, manso, pacífico, contenido, callado, misterioso y enigmático... en silencio, roto sólo a ráfagas, el auténtico secreto de su vida: Dios y lo que para él esta realidad significa. Le parecía asombroso verse allí, en presencia del hombre de Dios; del predicador cuya voz le había penetrado mordeándole las entrañas, escribe Castro: «Ioan se hincó de rodillas ante él».

Conocemos la esencia del encuentro entre los dos Juanes. Juan le da al maestro Ávila detalles tocantes al pasado, al presente y al futuro. Lo abrazaría el maestro, se acomodarian ambos para su largo coloquio. El P. Ávila escuchó, mientras Juan hablaba. Le relató su vida, le narra sus ensueños, sus desesperaciones, sus trabajos, sus persecuciones, sus fracasos, con serenidad, confesó sus pecados... «Con grandes muestras de contrición». Le rogó al maestro que lo aceptara por discípulo: «Dixo que le recibiera debaxo de su amparo y consejo»; como director espiritual. Adujo en apoyo de su petición: «Que por medio suyo (gracias al sermón) le había el Señor comenzado a hacer tantas mercedes».

<sup>10</sup> Joaquín Sánchez Gómez, «Influencia espiritual del maestro Juan de Ávila en el proceso de santidad de San Juan de Dios», en *La Caridad* 221 (1969), 150-162.

<sup>11</sup> Francisco de Castro, *Historia*, 19.

Por debajo de aquella locura circula una vena misteriosa que une al penitente con su Señor. Juan se compromete desde aquella hora a reconocer al maestro Ávila por su padre y consejero: «y estaba aparejado a obedecelle hasta la muerte».

El P. Ávila le atendió atento, paciente, pues estaba dotado con un fino don de consejo: entendió a Juan, lo comprendió en la difícil encrucijada de sus manifestaciones enloquecidas. Tuvo una capacidad de intuición exquisita para descubrir que debajo de aquel frenesí latía una indicación providencial de caminos nuevos señalados a Juan y vio, entre todas aquellas extravagancias de Juan, la cita de Dios en su alma y en sus designios.

No opuso reparos al comportamiento alarmante de Juan; el maestro Ávila ahondó en el subsuelo psicológico del penitente. Le dijo que «daba gracias a Dios nuestro Señor de ver las grandes muestras de contrición del penitente, y lo mostraba sentir el haber ofendido a nuestro Señor». Que lo recibía y «le admitió por hijo de confesión, desde entonces y le ofreció que tendría cuidado de aconsejarle lo que conviniese»<sup>12</sup>. Sería desde ese momento su consejero.

Tuvo más entrevistas. Después de este primer encuentro, ya no dejó el contacto con su Director. El P. Juan de Ávila tomará las riendas hasta conducir a Juan de Dios a las cumbres de la perfección. Los contactos se realizan de las más diversas maneras: con él directamente, por procurador y por carta. Comentaremos cada uno de estos encuentros que los biógrafos nos transmiten, para ver más de cerca el proceso llevado a cabo por medio de estas relaciones entre director y dirigido<sup>13</sup>.

El maestro Ávila levantó el ánimo de Juan, lloroso: «hermano Juan, esforzaos mucho en nuestro Señor Jesucristo, y confiad en su misericordia, que el que comenzó esta obra la acabará, y sed fiel y constante en lo que comenzaste, no volváis atrás. Si os dejáis rendir del demonio, sabed que los que pelean como buenos caballeros en la milicia de este Señor hasta el fin se gozarán como en la gloria»<sup>14</sup>.

Juan se fío de Dios. En estos momentos se encuentra en paz consigo mismo y con un pasado asumido plenamente en sus sombras y en sus luces, siempre llevado de su misericordia divina; en adelante peleó en la milicia de este Señor hasta el fin. El maestro le dio ánimos para seguir adelante en esta recta intención del plan de

12 *Ibid.*, *Historia*, 19.37, 19.20.

13 Joaquín Sánchez Gómez, *Influencia espiritual*, 155.

14 Francisco de Castro, *Historia*, 20.37, 48.23.

Dios. No le reprochó los gestos que ha hecho por Granada, lo animó a ser fiel y constante hasta el fin en el camino comenzado.

## 2. POR EL CAMINO DE LA MUDANZA, LA HUMILDAD Y LA «LOCURA»

Juan tras el encuentro con el P. Juan de Ávila, le dio la bendición a todos sus proyectos. Comienza la parte penitencial de Juan Ciudad por Granada, la locura a lo divino. Sigamos a Castro: «Con la bendición de Dios y la mía: que yo confío en el Señor que no os será negada su misericordia. Salió Ioan de Dios tan consolado y animado de las palabras y buenos consejos de aquel santo varón, que de nuevo cobró fuerzas para menospreciarse, mortificar su carne y desear ser de todos tenido y estimado por loco y malo, y digno de todo menosprecio y deshonor, por mejor servir y agradar a Jesucristo, que sólo en sus ojos vivía, y mejor encubrir con esta santa cautela la gracia, que de su mano ha recibido».

En efecto comienzan las locuras de Juan, como los de tantos santos, a la vista de los hombres, Castro lo certifica:

«y para esto tomó por medio en saliendo de con el P. Ávila, yrse a la plaza de Bibarramba, y en un lodazal, que allí había, se metió todo y se envolvió en él, y puesta la boca en el ceno,... y comenzó a gritar sus pecados... y que era un traydor y tenido por el más vil del mundo... Toda la gente del vulgo como vio esto, no creyeron sino que había perdido el juicio. Mas como el ya estaba inflamado de la gracia del Señor, y deseava morir por él, y ser menospreciado de todos... salido del lodo, comenzó a recorrer las calles más principales de la ciudad, dando saltos, y haziendo muestras de loco»<sup>15</sup>.

Es difícil comprender el misterio de esta pobreza y «locura de humildad» que tan profundamente ha calado en el alma de Juan, que lo hace y lo vive sintiéndolo profundamente. Por solo imitar a Jesu-Cristo que se hizo pobre. «Cristo es el Señor del tiempo, su principio y su cumplimiento; cada año, cada día y cada momento son abarcados por su Encarnación y Resurrección, para que de este modo encontrarse de nuevo en la 'plenitud de los tiempos'»<sup>16</sup>. La gente de Granada se da cuenta de ello y Castro dice:

<sup>15</sup> Francisco de Castro, *Historia*, 21-22, 48.

<sup>16</sup> Juan Pablo II, Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994), 10: AAS 87 (1995) 11.

«Y como los muchachos y gente común lo vieron, comiençan a seguille y dalle gritos, grande tropel de ellos, e tiravan le tierra y lodo... y el con mucha paciencia y alegría, como si fuera a fiestas, sufriéndolo todo, pareçiendo la gran dicha llegar al cumplimiento de sus deseos, que era padecer algo por el quanto amaba y sin hazer mal a nadie, llevaba una Cruz de palo en las manos y la daba a besar a todos... Esto lo hizo varios días con tanto fervor que muchas veces caía en tierra cansado y molido de la grita y empellones que le daban, porque el se daba buena maña a fingir la locura, que realmente (fue de casi todos tenido por loco)»<sup>17</sup>.

Buen cuidado tiene Castro de poner los conceptos claros, «se dava buena maña en fingir», cuando tan seriamente se lo tomaba y tanto le costaba el hacerlo y pone entre paréntesis: «fue de casi todos tenido por loco». No lo fue por todos; había gente que lo entendía. Por eso viéndolo en esta situación le daban de comer. Juan andaba a lo suyo según el consejo del P. Ávila, de «ser de todos tenido y estimado por loco y malo y digno de todo menosprecio y deshonor».

Siempre hay gente buena en todas partes: «viéndolo dos hombres honrados de la ciudad, compadeciéndose del, lo tomaron por la mano, y sacado de entre el tumulto del pueblo, lo llevaron al hospital Real, que es donde se recogen y curan los locos de la ciudad, y rogaron al mayordomo tuviese por bien de recibillo, y hazello curar, y metello en un aposento, donde no viesse gente, y reposalle, que quiça assi sanaría de aquella locura, que le havia dado»<sup>18</sup>. Lo que describe Castro, confirma que lo vio Antón Rodríguez, portero que fue del Sr. Arzobispo, testigo en el proceso de beatificación<sup>19</sup>.

### 2.1. *Ingresan a Juan Ciudad en el hospital Real y el P. Ávila se interesó por él*

Ya tenemos a Juan ingresado como enfermo en el hospital Real. Había una parte para atender a estos pacientes. Efectivamente quiso «ser tenido por demente»; se desprende que el P. Ávila aprobó este programa, lo cumplieron los dos. Castro lo recuerda:

17 Francisco de Castro, *Historia*, 22.

18 *Ibid.*, *Historia*, 23.

19 Manuel Gómez Moreno, *Primicias*, 203-204.

«Pues como el mayordomo lo había visto andar por la ciudad, y el trabajo que había pasado, luego lo recibió, y mandó a un enfermero lo metiese dentro: y visto como venía tan maltratado, la ropa hecha pedaços, y lleno de heridas y cardenales de los golpes y pedradas. Luego lo pusieron en cura».

El P. Juan de Ávila, siempre estuvo atento a todo, no había abandonado a quien tomó bajo su dirección; dentro del proyecto e itinerario espiritual, conocía bien «la causa de enfermedad y locura». Se interesó por él, cómo seguía, cual era su estado, como hacemos todos cuando visitamos a un enfermo en el hospital. Juan agradeció la muestra de delicadeza de su maestro: «Que su buen padre el maestro Ávila le enviase a visitar y se acordase dél, estando en aquella prisión olvidado de todos». Y rompió el aislamiento que sufrían estos pacientes en esa época, enviando una persona de su confianza dice Castro:

«Embiolo luego a visitar con un discípulo suyo, enviándole a decir, que se holgaba mucho de todo su bien, en ver que començaba a padecer alguna cosa por amor de Iesu Christo, que le rogaba de su parte por el mismo Señor hiciese, como buen soldado animoso, poniendo la vida por su Rey y Señor: y que todos los trabajos, que su Majestad le enviase, los recibiese con humildad y paciencia: y que si consideraba lo que nuestro Redentor padeció en la Cruz, qualquiera tormento le parecería liviano, y decía le mas. Ensayaos hermano Ioan, ahora que tenéis tiempo para quando salgays a pelear contra los tres enemigos, por el mundo, y confiad en el Señor, que no os desampará».

Este mensaje era muy importante: Que se holgaba mucho de conocer los padecimientos de Juan por amor de Jesu-Cristo. Que siga perseverante, sea fuerte, luche y salga adelante. Que sea paciente y humilde, llevándolo con alegría: considerando lo que nuestro Redentor padeció en la cruz; cualquier tormento le pareció liviano.

En la siguiente afirmación está la clave de todo lo que habían programado y que llevaba ya Juan en su mente: abrir un hospital. No se olvidó el maestro Ávila de decirle: «Ensayaos hermano Ioán, ahora que tenéis tiempo para quando salgáis a pelear contra los tres enemigos, por el mundo, y confía en el Señor, que no os desampará».

Con gran contento recibió Juan esta visita que llenó de alegría su corazón y le dio fuerzas para seguir luchando. Le dio las gracias y le pidió al discípulo que le transmitiera al P. Ávila: «decidle

a mi buen padre, que Iesu Christo le visite y le pague la buena obra, que siempre me haze, que aquí está su esclavo ganado por buena guerra, esperando en la misericordia del Señor, y que soy siervo malo, y sin provecho, que por amor de nuestro Señor, que no me olvide de encomendarme a su Majestad en sus oraciones, que con esto bivire contento, y esperare no me faltara su socorro».

Se considera discípulo del maestro y le ruega rece por él: con esto viviré contento y esperaré no me faltará su socorro. Añade Castro: «con estas y semejantes palabras se visitaban los dos secretamente y se entendían el uno al otro». Pasaban los días y Juan seguía en el manicomio. Se daba cuenta de todo lo que hacían, bueno y malo, respetar y olvidar al enfermo, tratarlos con poca humanidad; aprendió mucho con ello. Sigue Castro:

«Los enfermeros del hospital, tenían mucha cuenta con él, y de quando en quando, como le veían alterado, y les daba la ocasión (como esta dicho) no dexavan de dalle sus disciplinas, como a los demás, con intención de velle sano, y el lo recibía alegremente, y les dezía dalle hermanos a esta carne traydora, enemiga de lo bueno, que ella a sido causa de todo mi mal, y pues yo la obedecí, razón es que paguemos los dos, pues los dos pecamos. Con intención de verlo sano y viendo castigar los enfermos, que estaban locos con él».

Juan se dio cuenta de toda la realidad y la forma en que son tratados los enfermos, pensó en ello y en su decisión de renovar la medicina con el amor y el servicio de la entrega desde el ministerio de la caridad: «Iesu Christo me trayga a tiempo, y me de gracia para que yo tenga un hospital, donde pueda recoger a los pobres desamparados, y faltos de juicio, y servirles como yo deseo: y así se lo cumplió nuestro Señor, muy cumplidamente como luego veremos»<sup>20</sup>.

Con estas palabras se desvela la clave de su aparente locura. Nadie podía imaginarse cuál era la meta de Juan en este entrenamiento. Incógnita desvelada: es su misión de caridad en el mundo.

Veamos lo que acertadamente ha escrito el P. Braulio: «Sencillamente, la respuesta está en que descubrió de modo súbito y emocional —las palabras de Juan de Ávila lo empujaron— lo mucho que Dios lo había amado, cómo era objeto de la predilección de Jesucristo, escondido en el pobre y en el enfermo, y no

20 Francisco De Castro, *Historia*, 23-23v. 24. 25-25v. 26-26v.

haber correspondido a ese amor tan grande con más dedicación, a sus cuarenta y dos años ya. Veía con nitidez que el pobre era su vocación, la auténtica llamada de Dios, no percibida antes con tanta fuerza, no seguida con coraje. Y lloraba de dolor y de amor, que son dos caras de la misma realidad»<sup>21</sup>.

El P. José Sánchez, ve en este pasaje de la Kénosis-diakonía en el itinerario espiritual de san Juan de Dios, destacando que «durante su vida estas dos realidades se acuerdan y conjugan en una síntesis casi perfecta. «El itinerario espiritual de san Juan de Dios no es sólo Kénosis y abnegación que se somete a las consecuencias sociales de una 'locura' que no padece; pero tampoco es sólo diakonía: servicio misericordioso que hubiera aparecido ya maduro y en la cumbre desde el principio. El camino espiritual de Juan de Dios es un recorrido de 'Kénosis-Diakonia'»<sup>22</sup>.

## 2.2. *Juan es dado de alta en el hospital Real*

Va llegando su hora. Juan ha ido madurando en este tiempo: veía claro su programa, le respaldaba el maestro Ávila. Un día, dice Castro: «Dióle voluntad de poner por obra sus buenos deseos, que era de servir a nuestro Señor y a los pobres, y buscalles de comer, y recoger los desamparados y peregrinos».

Pidió hablar con el Mayordomo, una entrevista para darle las gracias por su estancia en el hospital: «hermano, nuestro Señor Jesu-Cristo le pague la limosna y caridad que en esta casa de Dios se me ha hecho».

Era otro hombre, se sentía sano para trabajar. Era un ex loco. Pide la licencia de salida. El Mayordomo le firmaría la correspondiente cédula. «Se despidió de todos los de la casa». Juan había dejado una impronta de simpatía de su estancia en el hospital.

De la narración de Castro y de los principales biógrafos se desprende que la estancia de Juan en el hospital no fue larga, probablemente de finales de enero hasta mediados de mayo de 1537. Castro y Celi hacen coincidir la fecha de salida con la llegada a Granada del cadáver de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V.

<sup>21</sup> Braulio Novella, *San Juan de Dios. Testigo de amor a los más pobres*, Madrid 1995, 9.

<sup>22</sup> José Sánchez, «Kénosis-Diakonía» en *el itinerario espiritual de san Juan de Dios*, Madrid 1995, 254-59.

«Empleándose Juan de Dios en lo que está dicho (en asistir a los enfermos) y estando un día sentado a la puerta del hospital, pensando en sus trabajos y en las mercedes que de nuestro Señor había recibido, mirando al campo... vió pasar por delante del hospital mucha gente de acabalo y gran clerecía y otras personas religiosas, que traían y acompañaban el cuerpo de la Emperatriz, mujer del Emperador Carlos V, para dalle sepultura en la Capilla Real de Granada, que entonces había pasado desta vida presente. Y informado de lo que era, y nuevamente estimulado y poner por obra sus buenos deseos»<sup>23</sup>.

La fecha de la muerte de la emperatriz Isabel y de su entierro en Granada son conocidas: murió de sobre parto<sup>24</sup> en Toledo, el día 1 de mayo de 1539, y su cadáver llegó a Granada el 16 del mismo mes, a las cuatro de la tarde. Entre los presentes, el marqués de Lombay, Francisco de Borja, representando al emperador y el maestro Ávila. Don Manuel Gómez Moreno nos lo presenta así:

«Jueves primero día de Mayo de 1539, a la una después de mediodía en la ciudad de Toledo falleció esta serenísima señora D.<sup>a</sup> Isabel, la nueva de la cual llegó a esta ciudad de Granada día de Santa Cruz a las doce horas después de mediodía... Sabido que (su cuerpo) había de entrar en la ciudad el día siguiente, que fue viernes, 16 días del dicho mes de Mayo a las cuatro horas después de mediodía, llegando con el dicho cuerpo, con toda la gente que lo traía y con él venía, a la hermita del señor Sant Lazaro... Llegaron (desde allí) con mucha orden al túmulo que estaba hecho en el campo fuera de la puerta Elvira... Acabado (aquí mismo) el responso, los señores cardenal de Burgos, D. Fray Juan de Toledo, y obispos, marqueses de Villena y Lombay y otros caballeros y gentiles hombres que lo trian, lo entregaron a los ilustres marqués de Mondéjar e presidente e oidores e Ciudad. (En los tres días siguientes, hicieron suntuosísimas honras de cortesanos en la Capilla Real; luego que ellos se volvieron a Toledo, continuaron las exequias y el lunes inmediato se celebró misa, con asistencia del arzobispo, dean y cabildo de la Iglesia mayor, y predicó el maestro Ávila.)»<sup>25</sup>.

Juan conoció a Francisco de Borja, en esta ocasión. Desde la puerta del hospital, Juan contemplaba la vistosa y fúnebre comiti-

23 Francisco de Castro, *Historia*, 26v., 28-28v., 29, 27v-28.

24 Mariana-Chao, *Historiae*, t. III, libro 3.º, cap. VII.

25 Manuel Gómez Moreno, *Primicias*. Lo cita como manuscrito inédito de la biblioteca del duque de Gor, en Granada. También lo cita el P. Saucedo en la *Cronología Hospitalaria*, 163.

va. «Al día siguiente se hicieron las honras fúnebres en la Capilla Real. Celebró la misa el cardenal de Burgos, Fr. Juan de Toledo, y predicó el arzobispo de Granada, Don Gaspar de Ávalos. Borja, testigo un día del encanto de aquellos ojos imperiales y de la sonrisa fascinadora de aquellos labios, al abrir el ataúd para hacer la entrega terminadas las honras, quedó fuertemente impresionado. La enfermedad, la muerte y los calores del camino habían marchitado cruelmente, increíblemente, aquella rosa lusitana. El maestro Ávila, predicador famoso de Granada, fue el confidente de sus desengaños. Cuando el Padre salió de su posada, el marqués quedaba pensativo, abrigando en su ánimo un propósito: no más servir a señor que se me pudiera morir. Una vez más la palabra ardiente y persuasiva del maestro Ávila allanaba los caminos de la gracia. Muchas veces habrían de cruzarse en los caminos de la vida las empresas de Juan y de Francisco»<sup>26</sup>. Para nosotros es importante la fecha del 19 de mayo, día en que el maestro Ávila predicó en las honras fúnebres. Todo hace pensar que el maestro se entrevistó con su amado discípulo y concertaron su salida del hospital y la peregrinación a Guadalupe.

### 3. ENTREVISTAS DE JUAN CIUDAD CON EL MAESTRO JUAN DE ÁVILA

Fruto del sermón del maestro Ávila en la fiesta de san Fabián y san Sebastián fue la conversión de Juan Ciudad y la dirección espiritual. A partir de entonces, Juan no dejó el contacto con su director. Éste le condujo a las cumbres de la perfección en diversos encuentros y contactos: con él directamente, por procurador y por carta<sup>27</sup>. Todos ellos sirvieron para el perfeccionamiento espiritual y para la fundación de la obra de Juan.

Cuando salió del hospital Real, Juan se dirige a Montilla para visitar al P. Ávila. «En Montilla —el dato nos lo transmite el hagiógrafo Govea<sup>28</sup>—, Juan de Dios ha salido del hospital y se dirige a Montilla, donde está su maestro, para exponerle su propósito de visitar a la Virgen de Guadalupe y darle gracias de las ayudas y mercedes recibidas<sup>29</sup>.

26 Luis Sala Balust, *Santo Maestro Ávila*, Madrid 1970, 76-77.

27 Joaquín Sánchez Gómez, *Influencia espiritual*, 155.

28 Antonio Govea, *Historia de la vida*. «Dejó el hospital y fue a Montilla en busca de su maestro, en cuya compañía gastó algunos días», 44.

29 Joaquín Sánchez Gómez, *Influencia espiritual*, 155.

Al regreso de Guadalupe, Juan se dirigió a Baeza para encontrarse, de nuevo, con su director espiritual y maestro. Castro escribe: «Concluyda Juan su romería, se bolvió camino de Granada: y llegando a Baeça tuvo noticia, que su buen maestro el padre Ávila, estaba allí predicando, como lo hazia en otras ciudades y pueblos: y sabido, luego le fue a visitar, y dar parte de su camino, y el lo recibió con mucho contento: y estando algunos días con el, le dixo al cabo de ellos, aviendo tomado su consejo, de lo que devía hazer»<sup>30</sup>.

Es importante este nuevo encuentro entre maestro y discípulo. Por los datos de Castro, vemos que se ventilan temas de gran trascendencia para el futuro de Juan: la vocación y dirección espiritual. Respecto a su vocación, Ávila lo ve aún un poco oscuro y no se atreve a decidir; espera que Dios le declare a su tiempo cómo le había de servir. De nuevo, le manda volver a Granada y conservarse en la presencia de Dios.

El temperamento colérico de Juan preocupa al maestro. Sin quitarle responsabilidad, quiere asegurarle acierto en los difíciles problemas que ha de resolver; por eso, le manda que en Granada tome por confesor, a quien reúna ciertas condiciones, «tal como yo os he dicho». ¿A quién eligió? Seguramente al P. Portillo, pero debió costarle mucho sujetarse, como vemos por sus cartas. Ávila seguiría llevando la alta dirección de Juan, mientras el P. Portillo estaría para las cosas más inmediatas y ordinarias»<sup>31</sup>.

La siguiente entrevista tuvo lugar en Córdoba. Nos lo cuenta el mismo Juan de Dios en la 1.<sup>a</sup> Carta que dirige a la duquesa de Sessa:

«Quiero comunicaros que el otro día, cuando estuve en Córdoba, caminando por la ciudad hallé una casa con gran necesidad, en la que habitaban dos doncellas que tenían al padre y a la madre enfermos en cama, tullidos diez años hacía. Tan pobres y maltratados los vi, que me quebraron el corazón. Estaban desnudos, llenos de miseria y con unos haces de paja por cama. Socorrilos con lo que pude, porque andaba deprisa negociando con el maestro Ávila, mas no les di como quisiera. El maestro Ávila me mandó salir enseguida y que me volviese a Granada»<sup>32</sup>.

No transmite el contenido de la visita. Sólo dice que andaba deprisa, negociando con él, y que le mandó salir enseguida y vol-

30 Francisco de Castro, *Historia*, 30.

31 Joaquín Sánchez Gómez, *Influencia espiritual*, 155-156.

32 San Juan de Dios, *Cartas*, 1.<sup>a</sup> a la duquesa de Sessa, 148-159.

ver a Granada. ¿A qué era debido ese mandato? <sup>33</sup> No podemos asegurarlo.

Ahora es el P. Juan de Ávila, quien lo llama para entrevistarse en Zafra. Lo cuenta el mismo Juan de Dios en la 2.<sup>a</sup> Carta a la duquesa de Sessa, pensaba ir por esa parte de Andalucía y en eso estaba: «pues cuando vuelva Angulo, nos partiremos para Sevilla y Zafra para ver al Conde de Feria y al Duque de Arcos, ahora que se encuentra allí el maestro Ávila... el maestro Ávila, además, me envía a decir por medio de Angulo que me llegue allá» <sup>34</sup>. Esos datos, confirman que el maestro Ávila acompañó a Juan a lo largo de todo el proceso de santidad y en la fundación hospitalaria. Dado que estaban en Zafra el conde de Feria y el duque de Arcos, hemos de pensar que le echarían una mano, le ayudarían y socorrerían con buenas limosnas para su hospital.

En Granada, Juan se entrevista con el apóstol de Andalucía y le apoya en todas sus obras de caridad y en el hospital. Juan sigue sus consejos. Se constata en las declaraciones de los testigos del pleito: afirman que el maestro Ávila, predicó y pidió limosna para la construcción del hospital de Juan de Dios de Granada <sup>35</sup>.

Juan se dirige a Baeza, y se adentra en la escuela del P. maestro Ávila. Todas estas circunstancias y motivaciones empujaron al maestro Ávila para llevarse «un tiempo» a Juan con él; quiso tenerlo algunos meses a su lado. Juntos, marcharían de Granada hacia Baeza. Aquí el maestro proporciona unos meses de sosiego, físico y espiritual, a su «peligroso» nuevo discípulo. Se podría decir que fue un tiempo de formación especie de noviciado donde tratarán de descifrar entre los dos la vocación «hospitalaria» que Dios le ha infundido a Juan, y el maestro podrá entrenarle en el ejercicio de la oración y en la ascética cristiana. Para el maestro Ávila, quien trabaja a favor del prójimo y nos quedaremos cortos en palabras al manifestar la gran ayuda, que siempre dispensó a su dirigido Juan, supo «darle a su propia ánima el cebo que ha de menester para estar fuertes.

El maestro Ávila siempre le rodearon discípulos «permanentes», que dejaron constancia de la presencia de Juan: «Concluida Juan su romería, se volvió camino de Granada: y llegando a Baeza tuvo noticia que su buen maestro el padre Ávila, estaba allí predi-

33 Joaquín Sánchez Gómez, *Influencia espiritual*, 156.

34 San Juan de Dios, *Cartas*, 2.<sup>a</sup> a la duquesa de Sessa, 233-246.

35 Joaquín Sánchez Gómez, *Influencia espiritual*, 156, 285-426.

cando, como hacía en otras ciudades y pueblos y sabido, luego se fue a visitar»<sup>36</sup>.

Por las ciudades andaluzas el P. Ávila va y viene a un ritmo incomprensible en aquellos tiempos. En Baeza establece unos años su «base pastoral» dedicado a poner en pie la célebre universidad. Comenzó abriendo «Colegio de niños», cuya fundación presencia Juan, este verano de 1539.

Baeza vivía entonces una etapa fascinante de su historia. Llamaban al maestro Ávila que estaba en Granada. Entre sus discípulos, serían jóvenes intelectuales procedentes de los colegios granadinos. Trae también a Juan, quien le ayudará en la fundación de la Universidad de Baeza. El maestro Ávila, prudente, comienza desde la base; las «facultades» universitarias vendrán luego: abre ahora «escuelas menores» un colegio para niños y mozalbetes ignorantes de las primeras letras. Y en el montaje del colegio da trabajo a Juan, su recién estrenado discípulo, quien así se gana su pan y su cobijo. El P. Ávila es todo para Juan. Sabe dirigir y encauzar sus pasos emprendidos. Juan no pierde el tiempo y el P. Ávila en este tiempo le proporcionaría que también él aprendiera «más a leer y escribir» con los adultos y niños de la ciudad<sup>37</sup>.

Se aloja en la casa del maestro Ávila. Hoy día se conserva la estancia donde estuvo Juan Ciudad, prestaba ayuda en las necesidades de abastecimiento y limpieza de la casa. Gracias al «maestro escribano» Antonio de Vega, también allí alojado, conocemos pormenores del comportamiento de Juan. Asegura el de Vega «que le veía y comunicaba de día y de noche» Juan y Antonio ocupaban aposentos vecinos y se quejó al maestro Ávila: que Juan «no dormía en cama», desvelado, «y ansí hacía dos o tres veces lumbre de noche»; total, le cortaba el sueño. El P. Ávila «respondió que lo dexase y no le dijese cosa alguna, Antonio se aguantó, aunque le daba pesadumbre», a Juan le fastidiaba; pero «nunca le habló palabra, porque ansí se lo había mandado el padre Ávila»<sup>38</sup>.

Su estancia en Baeza fue un buen comienzo en el peregrinar a Guadalupe. Peregrinó por devoción a la Virgen Nuestra Señora, romero para aprender el oficio hospitalario. El P. Ávila, gran conocedor de la obra y la categoría del complejo hospitalario regenta-

36 Francisco de Castro, *Historia*, 30.

37 L. Sala Balust - F. Martín Hernández, *El santo maestro Juan de Ávila, Obras completas*, vol. I, Madrid 1970, 64-91.

38 Manuel Gómez Moreno, *Primicias*, 227-228.

dos en Guadalupe por los monjes jerónimos, aceptó la idea de Juan de ir al célebre monasterio. Fue el plan ideado por maestro y el discípulo para realizar mejor las funciones futuras y la «vocación hospitalaria». El P. Ávila es posible que le diera unas letras de recomendación para el prior, no consta, pero se llevaba así y era ya muy conocido en España. Juan irá a Guadalupe y verá cómo funciona el hospital<sup>39</sup>.

### 3.1. *Juan de Dios peregrino mariano y aprendiz de hospitalidad*

El experto maestro espiritual, P. Ávila, hombre de profunda oración y muy atento a las mociones del Espíritu, supo escuchar, comprender, atender y dirigir a Juan puesto que Dios lo había puesto en su camino. Dios escribe derecho en tantos renglones tortuosos; Dios escoge a hombres insignificantes a los ojos de los hombres para realizar proyectos prácticos e importantes, que sirvan para bien de la humanidad.

La base fundamental de Juan era la humildad profunda y sencillez de espíritu, siempre en disponibilidad para distinguir la voluntad de Dios en el itinerario espiritual marcado por el maestro: en la humillación, el desprecio, el anonadamiento, la oración; estos son los pilares de apóstol de la caridad a la hora de fundar su obra.

Para ello traza un programa de vida con el maestro Ávila. Es consciente que para todo este servicio y ministerio de la caridad no tiene conocimientos de enfermería, ni de medicina, ni sabe cómo organizar un hospital, pero puede prepararse para ello. No dispone de medios ni tiene dinero para comenzar este nuevo ministerio; tampoco le importa el trabajo. Asesorado por el P. Ávila, la obra no es cosa suya solamente; está apoyado por él y ambos saben que es «obra» de Dios; con su ayuda podrán llevarla adelante.

Al peregrino de la caridad, sueña trabajar en su hospital y hay constancia: «Iesu-Cristo me traiga a tiempo y me dé gracia para que yo tenga un hospital donde pueda recoger los pobres desamparados y faltos de juicio, y servirles como yo deseo»<sup>40</sup>. En ese *humus* nació el espíritu inicial fundacional fundamental del

39 José María Javierre, *Juan de Dios*, 430.

40 Francisco de Castro, *Historia*, 26v.

carisma de Juan de Dios en la concreción de fundar un hospital y atender a los pobres enfermos, que luego llevó a la práctica.

Ambos «Juanes» estudian, calculan, acogen, miran y programan el plan de actuación. Al P. Ávila, que tanto ha ayudado a fundar colegios, escuelas <sup>41</sup> y hacer tantas obras buenas, la obra emprendida por Juan será la que le colme de alegría y que completará su labor apostólica por tierras andaluzas.

Los planes de Dios se ven que están por medio. Juan Ciudad se prepara para ello, tendrá y abrirá su hospital deseado. El P. Ávila se compromete con su ayuda. Por eso quiso conocerlo mejor, hacer las cosas con cautela, prudencia y adecuadamente, «trabajarlo» para este proyecto. Dios está por medio. Este discípulo, hombre maduro, abierto siempre a Dios, quiere formarse mejor cristianamente, y su disponibilidad es grande y atenta; su inteligencia es sin duda destacada, pues por los hechos se desprende, y la utilizará para el servicio de Dios <sup>42</sup>.

El ministerio se traduce en respuesta de amor hasta la locura. Ahí, en el la humillación y el dolor, Juan llegó a descubrir «el camino para servir al Señor: «a las almas por los cuerpos». Necesitó aprender para tratar a los enfermos de una forma totalmente distinta a cómo lo habían tratado a él. E inicia otra etapa de búsqueda. Ahora guiado por el maestro Juan de Ávila; se dirige a Guadalupe.

Llegó en peregrinación, Juan pasó un tiempo en el monasterio de Guadalupe. Juan fue en busca de conocer los tratamientos para tratar el dolor. No podemos olvidar que en Guadalupe se encontraba, tal vez, la mejor escuela de enfermería y farmacia que existía en esos momentos, al menos en la mitad sur de la Península y que llegó al monasterio con la recomendación del maestro Juan de Ávila.

Dice F. Jerónimo Román de Juan Ciudad: «Entre las cosas notables que se han visto en nuestros tiempos en España es la santidad y vida del pobre Juan de Dios padre de los pobres y fundador de una Orden toda dedicada a la caridad del prójimo curando en los hospitales y remediando necesidades de todos los que las tienen para el cuerpo y también para el alma» <sup>43</sup>.

41 L. Sala Balust - F. Martín Hernández, *El santo maestro*, 64-91.

42 Francisco de Castro, *Historia*, 27-29.

43 F. Hironimo Román, OSA, *Repúblicas del Mundo*, en Casa de Juan Fernández, Salamanca 1595, cap. 34, 380v.

Su experiencia en el monasterio no fue sólo teórica, sino práctica, y apostólica. Aprendió, muy bien, no sólo la dimensión espiritual; sino todo lo referente a la formación profesional, por la asidua y diaria asistencia a la Escuela de Medicina y a la famosa Farmacia del monasterio de Guadalupe.

Primero reflexionó serenamente; luego pidió parecer sobre el estado y proceso de su vocación con el prior de Guadalupe, Fray Francisco de Santa María<sup>44</sup>, que también le pareció muy oportuna la idea de abrir un hospital para pobres por Juan de Dios.

### 3.2. *El P. Juan de Ávila recibe a Juan Ciudad en Baeza*

Juan Ciudad al regreso del monasterio de Guadalupe, pasó por Baeza para visitar al P. maestro Ávila y darle cuenta de todos sus asuntos personales y espirituales. El encuentro fue, una vez más, decisivo: «lo recibió con mucho contento y estando algunos días, le dijo al cavo de ellos, habiendo tomado su consejo, de lo que debía hacer: «hermano Juan, cumple que volváis a Granada, donde fuisteis llamado del Señor, y él que sabe vuestra intención y deseo, os encaminará el modo, como le habéis de servir: tenedle siempre delante en todas vuestras cosas, y considerad que os está mirando y obrad como en presencia de tan gran Señor»<sup>45</sup>.

El P. Ávila le recordó lo que debía hacer y el programa que habían trazado los dos en un contexto donde han contemplado las necesidades sociales, marginales y hospitalarias de Granada; secundando los planes de Dios, su objetivo era la asistencia de todos los necesitados de la ciudad y en ella realizar los desig-nios de Dios a través de su vocación de servir a los pobres y enfermos en el ministerio de la caridad. Le dio algunos consejos y normas, para este trabajo que va a comenzar: lo haga en nombre y en la presencia de Dios, que lo ve todo; que contará en todo momento con su ayuda en la medida de su fidelidad, generosidad y entrega.

La marginación en el siglo XVI era notoria. Durante el reinado del emperador creció extraordinariamente la sensibilidad hacia problemas sociales más llamativos: los enfermos incurables que encontraron en Juan de Dios y sus compañeros sus primeros

44 Luis Ortega, *San Juan de Dios*, 143.

45 Francisco de Castro, *Historia*, 30.

campeones: Antón Martín, Pedro Velasco <sup>46</sup>; los niños abandonados que son acogidos y educados en las Casas de la Doctrina Cristiana <sup>47</sup> y los colegios fundados por Fernando de Contreras, Juan de Ávila y la incipiente Compañía de Jesús <sup>48</sup>.

La España de Felipe II albergaba la antítesis del lujo y de la miseria. Arrastraba lacras sociales clamorosas que se evidenciaban dramáticamente. Los desvalidos de todo orden pululan por las calles exhibiendo su miseria: niños abandonados y enfermos, mendigos en manada que demandan la ayuda y la compasión callejera, mujeres de la vida que circulan sin control. El clamor para poner remedio a estas miserias lo representan las personalidades más comprometidas del periodo, Juan de Ávila con sus colegios y seminarios, los jesuitas, que prosiguen e institucionalizan la escolaridad benéfica, y los grandes abanderados de los pobres, como Juan de Dios y sus compañeros.

Es significativo este tiempo de coincidencia en el buen hacer en favor de los pobres: los municipios, los abanderados de las clases populares como el maestro Ávila, los obispos más sensibles como el granadino Guerrero, que llevan el tema al Concilio de Trento, para que el problema infantil tenga resonancia y reciba soluciones <sup>49</sup>.

El maestro Ávila lo orientó en todos sus pasos al comienzo. Le recomendó a personas importantes: mas, podían ayudarle con limosnas para la obra, y encaminarle en lo referente a donaciones y posibles ayudas en la casa que abrirá en Granada con la ayuda de todos. Le aconsejó ponerse bajo la orientación del P. Portillo <sup>50</sup>, que fue una ayuda singular y espiritual en el camino comenzado, para bien de

46 José García Oro - M.<sup>a</sup> José Portela Silva, «Felipe II y la reforma de las costumbres», en *La Ciudad de Dios* 211 (1998) 1028; Noticia bio-bibliográfica en DHEE II, 1248-9.

47 Félix Santolaria Sierra, «Los colegios de doctrinos o de niños de la doctrina cristiana. Nuevos datos y fuentes documentales para su estudio», *Hispania* 56 (1996). Para el tema en su conjunto, véase la obra *Historia de la acción educativa de la Iglesia*, en *España*, I, Madrid 1995, dirigido por Bernabé Bartolomé, 267-290.

48 José García Oro - M.<sup>a</sup> José Portela Silva, *Felipe II y la reforma de las costumbres*, 1028.

49 José García Oro - M.<sup>a</sup> José Portela Silva, *Felipe II y la reforma de las costumbres*, 1040-1.

50 José María Javierre, *Juan de Dios*. «A esta 'escuela sacerdotal' del maestro Ávila perteneció, sin duda, el 'P. Portillo' señalado por el maestro a Juan como 'confesor y padre espiritual' cuando le remitió de Baeza a Granada, 'donde fuisteis llamado del Señor'», 471.

su alma. Así se lo escribe en la primera carta de las tres que conservamos, del P. Ávila en contestación a las de Juan de Dios:

«Mucho consuelo me diste con que guardasteis bien el concierto que entre vos y mi quedó, de lo que tocaba a obedecer al Padre Portillo en la administración de los pobres; y si vos siempre hiciéredes así, viviéradéis mas consolado, y yo también; porque tengo gran temor no os engañe el diablo, rigiéndoo por vuestro parecer; que cuando no puedo acabar con uno que haga malas obras hácele que haga desordenadamente las buenas; y lo que no tiene orden, no puede durar, y luego se dividen unos contra otros, queriendo uno echar por una parte y otros por otra: Y el Señor dijo en el Evangelio, que reino dividido será destruido. Por tanto, hermano, tened gran cuidado de sujetaros a parecer ajeno, y no os engañará el diablo»<sup>51</sup>.

Por indicación del maestro Ávila el P. Portillo<sup>52</sup> será el segundo maestro que tanta trascendencia tendrá en la ayuda espiritual que le una a Dios; los dos, de mutuo acuerdo, ayudarán al santo, lo tendrán cerca, y podrán, en todo momento, ser su mejor ayuda. Los inicios no tuvieron que ser fáciles.

Los arzobispos de Granada se distinguieron por la colaboración con la obra hospitalaria de Juan de Dios desde sus orígenes, de forma más o menos cercana o interés, por orden cronológico, señalamos a D. Gaspar de Ávalos, D. Fernando Niño de Guevara y a D. Pedro Guerrero, al que reservamos el título de gran bienhechor. Cuando Juan Ciudad llegó a Granada gobernaba la Iglesia el Sr. Arzobispo Don Gaspar de Ávalos, que en los comienzos de su ministerio de caridad tanto le ayudó avisado, tal vez, por el P. maestro Ávila.

#### 4. FUNDA EL PRIMER ALBERGUE EN LA ZONA DE LA PESCADERÍA

##### 4.1. *Pobre con los pobres en el primer hospital de la calle Lucena*

Después de recorrer Europa, Juan llegará a Granada solo y a pie e intenta entrar en ella, recuerda en parte su pasado y le vie-

51 Octavio Marcos, *Cartas y escritos de Nuestro Glorioso*, Madrid 1935. Primera Carta de Juan de Ávila a Juan de Dios, 81.

52 Giuseppe Magliozzi, *Pagine Juandediane*, Centro Studi San Giovanni de Dio, Roma 1992, 376.

nen a la mente sus vivencias pasadas y cuando con un haz de leña quiere entrar le domina la vergüenza y cobardía. Se mofan de él. Pero él alegremente recibía todo lo que le decían sin enojarse de nada, como Francisco de Asís «antes los que lo conocieron, viéndole sin parecer y cotejando su estado actual con el pasado, comenzaron a insultarlo a llamarlo mentecato, a echarle piedras y fango»<sup>53</sup>.

No pudiendo atender a tantos que acudían a su albergue, tuvo bien pronto que alquilar otra casa más grande para poder acogerlos, sería su primer hospital en la calle Lucena. La fundación del primer hospital es un paso más en la historia de Juan Ciudad; atiende bien a todos a los pacientes. Los enfermos y pobres enterados de lo bien que son tratados, acuden cada día más, los menesterosos acuden allí, pues son socorridos con gran caridad. Juan tuvo necesidad de limosnas para todo ello, sabemos bien que fue ayudado por tantos bienhechores y amigos cuyos nombres le dio el P. Juan de Ávila. De las limosnas sabemos que es un buen administrador.

Juan Ciudad necesita freno a sus impulsos, necesita pauta, y dada su bondad sin límites para el prójimo. como así lo escribe Castro:

«Y como vieron que no solamente albergaba peregrinos y desamparados, como al principio, mas que tenía asentadas camas y enfermos que se curaban en ellas, comenzó a tener mucho crédito con todos y a dalle y fialle cualquier cosa, que había menester para los pobres y a dalle limosnas mas en grueso que solían, así como mantas, sabanas, colchones y ropas de vestir y otras cosas... Y assi como le iban acudiendo todo genero de pobres y necesidades a que les socorriese, viudas y huérfanos honrados en secreto, pleytantes, soldados perdidos, y pobres labradores que respecto de ser aquel año trabajoso y estéril, acudían muchos más y a todos socorría, conforme tenían la necesidad, no enviando a nadie desconsolado, porque al que podía daba luego y alegremente y alguno consolaba con palabras amorosas y alegres, dándole confianza que Dios lo prevería para que todos fuesen consolados y así se cumplía»<sup>54</sup>.

Lo que realiza con los pobres bien pronto fue valorada, estimada y apoyada era como un milagro diario de caridad, así lo

53 Celano, *Vita prima*, V, 11.

54 *Ibid.*, *Historia*, 35v-36.

señala Jerónimo Román: «Era como un milagro ver la caridad del hospital y el orden que allí se guardaba. El tenía sus hombres y mujeres separados y les daba el regimiento que había de guardar y por si hacía todo lo que pudieran hacer cuatro hombres muy fuertes. A las noches cuando volvía de pedir las limosnas luego visitaba las enfermerías y de los regalos que le daban los repartía y después que venía mojado y cansado no tomaba ningún regalo, mas echábase en el suelo o envuelto en una pobre manta se echaba a descansar teniendo siempre ojo a ver si de noche había necesidad alguna para remediarla»<sup>55</sup>.

#### 4.2. *La acogida universal de los pobres y enfermos por Juan de Dios*

Juan de Dios realiza la acogida universal de los pobres y enfermos sin excepción por el color, la religión, o razón social, la acogida es el distintivo y originalidad. Esta perspectiva es la que nos interesa: en esta acogida universal de la pobreza y el desamparo en sus vidas, como actitud interior, como etapa de madurez del espíritu de Juan de Dios que se ha conservado por los hermanos en la Orden a lo largo de la historia y que sigue vivo hoy día.

Los testimonios de los testigos afirman repetidamente que: «la yntención del dicho Juan de Dios... siempre fue que este dicho hospital se llamase e fuese común a todo género de personas desamparadas así de enfermos como llagados e tullidos y otros quales quiera género de enfermedades. Y así se decía el ospital de Juan de Dios de los desamparados»<sup>56</sup>.

Los testigos han captado la enorme importancia de esta norma es como su «principio, origen y fundamento, razón de ser, horden acostumbrado desde siempre; este testigo sabe que, desde el principio que el dicho ospital se fundó, su principio e origen y fundamento e yntención de los que lo principiaron fue que nnyngún pobre que vinyese con neçesidad se dexase de recibir en él... los acogiesen de noche e se fuesen de día a pedir sus limosnas: 'el dicho Juan de Dios e los demás hermanos sucesores an reçevido todos los pobres que el dicho ospital ban a parar, por ser horden acostumbrada que el dicho Juan de Dios tenya de no desechar a nyn-

<sup>55</sup> F. Hieronimo Roman, *Republica Christiana*, 390.

<sup>56</sup> José Sánchez Martínez, *Kénosis* (nota 132) [id. T. 4/7 l 65; IT 1/4 l, 24; IT. 4/15 l, 59v., 187-189.

guno, sino que a todos los rezevía'; esta fue 'la horden e costumbre e razón e devoçión e caridad e buena obra que dexaron fundada el dicho Juan de Dios y el dicho padre maestro Ávila y los sucesores del dicho Juan de Dios'».

Al estar su hospital siempre abierto a la misericordia, se convierte en un hospital para todos los desamparados. Su estilo de vida es contagioso y los testigos que lo han conocido así describen al fundador: «e su vida era andar descalzo por las calles de día y de noche... bestido un capote de sayal, sin traer cosa alguna en la cabeça... pidiendo limosna... y las limosnas que le davan las recoxía para dar a pobres y las dava a los pobres»<sup>57</sup>.

#### 4.3. *Le compran a Juan de Dios la casa de la calle Gomeles*

Rodrigo Alonso de Esguera, clérigo presbítero de la Iglesia de san Nicolás de Granada, afirma: «que sabe e vido que, estando el dicho Juan de Dios e sus compañeros en la dicha casa de la calle de los Gomeles, eran tantos los pobres que tenya que no cabian. Y, estando desta manera, el dicho maestro Ávila y el dicho arzobispo don Hernando Nyño, trataron que, pues tenía tanta estrechura y se ofreçia a estar en el sitio de san Geronymo el viejo en avitalle, que sería bien que los dichos pobres se pasaran allí. Hace de su hospital 'casa de Dios' para los enfermos».

Para no agravar a sus bienhechores de Granada, que le habían dado largamente para la compra del edificio del nuevo hospital, salió a pedir por las ciudades de Andalucía, llegando en su primera correría hasta Córdoba, donde se entrevistó con el P. Ávila, que le mandó volver a Granada, según cuenta el Santo (1.<sup>a</sup> carta a la D. de S.) Este detalle de encontrarse en Córdoba con el P. Juan de Ávila, es importantísimo para nosotros. Sigue realizando con los primeros compañeros su obra hospitalaria. El hospital de la calle Gomeles siempre estaba lleno de enfermos, separados hombres y mujeres y clasificados por sus enfermedades.

Así lo reflejan los testigos del pleito con los jerónimos: «la horden e costumbre e razón e devoçión e caridad e buena obra que dexaron fundada el dicho Juan de Dios y el dicho padre maestro Ávila y los sucesores del dicho Juan de Dios»; «el dicho

<sup>57</sup> *Ibid.*, *Kénosis*, nota 120: Para este entrecomillado y el anterior, véanse las preguntas II y IV del «interrogatorio para el examen de testigos» (id. ff. 1 y 2v.), 184.

maestro Ávila declaró en el dicho sermón que el dicho hospital avía de ser y era general para acoger a todo genero de enfermos y enfermedades, como se acogía en el dicho hospital de la calle de los Gomeles y se a acogido en el que agora es»; «Y este testigo sabe que la yntención del dicho maestro Ávila e Juan de Dios era para que el dicho hospital se labrase y en él se reçibiesen todos los pobres que a él vinyesen de cualesquier enfermedades para que fuesen remediadas»; «syn que el dicho Juan de Dios e sus compañeros xamás desechasen a nyngun enfermo por yncurable que fuese. Que a todos generalmente reçevían de la manera que agora se reciben en el dicho hospital de Juan de Dios que oy está fundado»<sup>58</sup>.

#### 4.4. *El arzobispo D. Pedro Guerrero, gran bienhechor de Juan de Dios*

El insigne arzobispo de Granada D. Pedro Guerrero<sup>59</sup> nació en 1501, en Villa de Leza, en La Rioja. Felipe II buscó para las iglesias hombres virtuosos que las gobernasen. Fue nombrado arzobispo de Granada y tomó posesión de esta iglesia el 20 de noviembre de 1546<sup>60</sup>.

Buscó hombres ricos en virtudes y trató mucho con su compañero de Alcalá el maestro Juan de Ávila, con el que tendría una relación y amistad cercana. Fue fecundo y dilatado su episcopado hasta su muerte 1576 a los setenta y cinco años de edad<sup>61</sup>. Es una figura excepcional, tuvo una participación muy importante y decisivamente en la segunda y tercera etapas del Concilio de Trento, en esta última le acompañó el famoso predicador de Carlos V y luego de Felipe II, Fr. Francisco de Villalba de la Lampreana, monje jerónimo. Destacando en su acción apostólica la actividad pastoral con los numerosos cristianos nuevos y con los pobres y enfermos de Granada.

58 *Ibíd.*, Kénosis, nota 135: [ T 10/22 ], 115; [ T 8/15 ], 187; [ T 10/15 ], 111v-2; [ T 4/4 ], 164, 187-9.

59 G. Van Gulik - C. Eubal, *Hierarchia Catholica*, III. fue nombrado arzobispo de Granada el 28 de octubre 1546. Murió en Granada el 2 abril 1576. *Monasterii* (1923), 205.

60 Francisco Bermúdez de Pedraza, *Historia eclesiástica*, 227.

61 Ignacio Pérez de Heredia y Valle, *El Concilio Provincial de Granada de 1565*. Edición crítica del malogrado Concilio del arzobispo D. Pedro Guerrero, Roma 1990, 396-7.

A D. Pedro Guerrero, juntamente con Juan de Ávila, le dedicaremos el puesto privilegiado de grandes bienhechores de Juan de Dios y luego a la Fraternidad hospitalaria. Murió en Granada el 2 de abril de 1576<sup>62</sup>. Destacaremos el gran papel que en todo momento desarrollaron los dos<sup>63</sup> en la orientación y ayuda espiritual y apoyo económico a Juan de Dios, que ocupan ambos el lugar más destacado como juandedianos insignes, para los pobres, para Granada, para la Orden y para la Iglesia.

##### 5. EL P. JUAN DE ÁVILA GESTIONA LA DIFÍCIL CESIÓN DE LOS SOLARES

Juan de Dios da respuesta a esta coyuntura de espacio. Conceder de unos solares en el antiguo convento de jerónimos se puso mano a la obra. Oídos Antón Martín y Pedro Velasco y demás hermanos dieron su parecer positivo, la idea les parece oportuna y urgente. Juan de Dios transmite la idea al P. Juan de Ávila, éste la ve bien, urgente y necesaria y la expone al Sr. Arzobispo D. Pedro Guerrero, que da su visto bueno y su apoyo incondicional.

Mateo de Santa Cruz lo cuenta: «el que se dice acompañante habitual del maestro Ávila durante sus estancias en Granada», este testigo, quizá tenga mucho que ver con el granadino «Diego de Santa Cruz, discípulo de Ávila, que entró luego en Coimbra en la Compañía de Jesús»<sup>64</sup>, testifica en dicho pleito: «Y, estando desta manera, el dicho padre Ávila trato el dicho Juan de Dios muchas veces que se diese horden en que buscase otra casa mayor, porque aquella hera pequeña por causa de muchos pobres que acudian. Y en aquel tiempo, yendo este testigo con el dicho padre Ávila al monasterio que agora es de san Geronymo, vido que el dicho maestro Ávila trato muchas veces con el dicho fray Diego de Linares que entonces era prior, comunicandose».

Algunos frailes jerónimos se resistieron a ello pero al final vino la cesión en trato directo entre san Juan de Ávila y el superior Fr. Diego de Linares, al que luego por este motivo sus frailes le persiguieron tanto y le destituyeron. Sabemos el feliz encuentro entre el maestro Ávila y Juan de Dios, para comunicarle que

62 Francisco Bermúdez de Pedraza, *Historia eclesiástica*, 256v.

63 Rafael Saucedo, *Cronología*, 1.ª carta a la D. de S., 58-59.

64 José Sánchez Martínez, *Kénosis*, T. 10/6, ff. 106-7v., 177; Luis Sala Balust, *Obras completas del santo maestro Juan de Ávila* I, BAC, Madrid 1970, 75.

los PP. Jerónimos y en su nombre Fr. Diego de Linares, daba permiso para poder utilizar cediendo los terrenos y edificar el nuevo hospital, nos lo transmite el mismo testigo Mateo de Santa Cruz: «En llegando que el dicho padre Ávila llegó a su casa, le dixo a este testigo que fuese a llamar a Juan de Dios, que vyniese luego, que le avía menester.

Y este testigo lo fue a llamar e lo truxo. E, al tiempo que llegó al dicho padre Ávila, el dicho padre Ávila le dixo: hermano Juan de Dios, albricias, que ya teney casa e muy buena. Porque el convento y el prior de san Geronymo os dan en que edifiqueys casa para hospital. Y demás desto le dixo: Y una persona principal dexo çierta hazienda e renta (que este testigo no se acuerda sy dixo hazienda o renta, mas que dixo una destas dos cosas) para que seays ayudado con ella. Y el sitio que os dan es adonde solía ser san Geronimo el Viejo. Esforçaos y encomendadlo a Dios, que os lo a de proveer todo de su mano. Y, si hasta aquí aveys trabaxado, de aquí adelante aveys de trabaxar mucho mas; que yo os ayudare en todo lo que pudiere con todas mys fuerzas. Y el dicho Juan de Dios le respondió: Benldlyto e alabado sea el nombre de Jesucristo nuestro Señor por ello, y Dios os lo pague en el çielo»<sup>65</sup>.

### 5.1. *El P. Juan de Ávila, promotor del hospital de Juan de Dios*

Nos podemos imaginar la alegría entre Juan de Ávila y Juan de Dios, pensando en el bien que iba aportar el nuevo y más amplio hospital a los enfermos y servicio a la Iglesia por el ministerio de caridad de la naciente Fraternidad fundada por Juan de Dios.

El voluntariado comienza su curso a velas desplegadas que «pidió siempre limosnas, ansi él como otros hermanos, para el edificio del dichos ospital, las cuales pidió dicho maestro Ávila y el licenciado Ríos, que es capellán de la Capilla real, e otras munchas personas vezinos desta ciudad». Y el dicho fray Diego tenya cuydado de que dicha obra fuese adelante por bien de los pobres. Y lo mismo el dicho maestro Ávila en sus sermones, e todos faboreçian con sus limosnas a la dicha obra»<sup>66</sup>.

Granada da ejemplo de «voluntariado» en esta obra. Los sermones que predicó el maestro Ávila, movía los corazones a ejer-

65 *Ibid.*, *Kénosis*, 365-6.

66 *Ibid.*, *Kénosis* (T. 2/7, 42v-43v), 177.

cer la caridad y las «mugeres dexaban las alxorcas e anillos e çarcillos que llevaban, en limosnas». Al P. Juan de Ávila se le unen los religiosos de la ciudad para recabar limosnas para la construcción del nuevo hospital y cuenta con legados como el del obispo de Guadix, ya en vida dejaban en los testamentos donaciones para obra social del hospital de Juan de Dios, así lo destaca el informe del arzobispado de Granada»<sup>67</sup>.

### 5.2. *El nuevo hospital de Juan de Dios*

Todo ello supuso una verdadera reforma, nacida del espíritu renovador del Concilio de Trento, donde el mismo arzobispo de Granada había participado activa y brillantemente con Fr. Francisco de Villalba y se debe hacer notar esta renovación pues incidió luego en todos los hospitales de la Iglesia y en España. Juan de Dios supo dejar este espíritu renacentista, lleno de caridad y profesionalidad al mismo tiempo, que luego los Papas nos lo han recordado resumiéndolo así: «caridad antigua con medios modernos».

Martín de Baeza destaca la trascendental colaboración en lograr los terrenos y luego procurar limosnas que tuvo el P. Juan de Ávila y se esforzó en este apoyo a la labor de Juan de Dios, con otras personas que él animaba: «Y es verdad que, estando el dicho Juan de Dios y los demás hermanos y pobres que tenya en la dicha casa de los Gomeles, con las limosnas que el dicho padre Ávila llegaba y otras personas daban, se començo a labrar el dicho ospital que oy esta edificado».

El testigo Alonso Álvarez, corredor de sedas y vecino de Granada, en la colación de san Cecilio, responde: «Y un dia estando en la yglesia Mayor vieja desta çiudad el dicho maestro Ávila, pedricando, estando el arçobispo don Gaspar de Ávalos, a lo que se quiere acordar, y el cabildo de la dicha yglesia y otra mucha gente desta çiudad, que estava la yglesia llena, el dicho padre Ávila después de aver pedricado, dixo que los frayles de san Geronymo le avian dado un solar a Juan de Dios para que hiziese casa para los pobres, que es donde oy dia esta. E un quarto en el dicho ospital que llegava a myll ducados... Porque el dicho padre Ávila declaro aver dado el dicho solar los frayles al dicho Juan de

67 José Luis Martínez Gil, *San Juan de Dios, fundador de la Fraternidad Hospitalaria*, Salamanca 2000, Ap. n. 35.

Dios para edificar el dicho ospital». A la décima pregunta responde: «Estandose el dicho Juan de Dios en la dicha casa de la calle Gomeles, se empeço a labrar un quarto del ospital que ahora es».

Es sugestivo el testimonio de Dña. Ana Osorio<sup>68</sup>, viuda y mujer que fue de D. García de Pisa, veinticuatro de la ciudad de Granada, persona que tanto colaboró, quiso y amó a Juan de Dios y lo atendió en su casa con todo esmero y caridad en los últimos momentos de su vida, testifica: «... Y, estando desta manera, este testigo oyo dezir al dicho maestro Ávila y a Doña Francisca de Caçeres, que avían tratado con el dicho fray Diego de Linares, prior del dicho monesterio de san Geronymo, que diesen a al dicho Juan de Dios para que labrase e hiziese su hospital»<sup>69</sup>.

Rodrigo Alonso de Eseguera, clérigo presbítero, beneficiado de la iglesia de san Nicolás, fue camarero del arzobispo D. Hernando Niño, que gobernó la iglesia de Granada de 1542 a 1546, años en que se efectuaron las gestiones para la fundación de este hospital: «Y, estando de esta manera, el dicho maestro Ávila y el dicho arzobispo don Hernando Nyño trataron que, pues tenía alli tanta estrechura y se ofreçia a estar en el sitio de san Geronymo el viejo en avitalle, que seria bien que los dichos pobres se pasasen allí»<sup>70</sup>.

## 6. EL CARISMA DE JUAN DE DIOS Y EL *AUDI FILIA*

Francisco de Castro escribe al comienzo del capítulo XIII: «Era el hermano Joan de Dios muy devoto de la pasión de Nuestro Señor Jesuchristo, porque como en principal fuerte de todo nuestro remedio, avía hallado en ella gran provecho y suavidad».

En esos momentos Juan había abierto el segundo hospital y dedicaba el viernes —«por amor del mismo Señor»— a «ir a la casa pública de las mujeres, aver si podía de allí sacar algún alma de las uñas del demonio», rezándoles «la pasión de nuestro Señor Jesu Christo, con tal devoción, que se hacía sentir».

En el capítulo XIV, Castro habla «de la gran caridad del hermano Joan de Dios». Es ahora cuando el primer biógrafo nos lleva de la mano a descubrir la fuente del amor de Juan, la razón última que explica su locura de Amor: «Era tanta y tan grande la cari-

68 Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo*, Madrid 1999, 460.

69 José Sánchez Martínez, *Kénosis*, ff. 137, 390.

70 *Ibid.*, *Pregunta 7.ª*, ff., 147-8, 399.

dad de que nuestro Señor avía dotado a su siervo, y las obras tan peregrinas que de ella procedían, que algunos, juzgándolo con espíritu vano, lo tenían por pródigo y disipador, no entendiendo cómo le había el Señor metido en la bodega del vino y ordenado con él su caridad, y de tal manera se avía embriagado en su amor, que ninguna cosa negaba que por él se la pidiese, hasta dar muchas veces, cuando no tenía otra cosa, la pobre ropa que traya vestida, y quedarse desnudo, siendo piadosísimo para todos»<sup>71</sup>.

Los pasajes de Castro merecen una reflexión. En el capítulo XIII descubre que la raíz del amor de Juan de Dios fue el Crucificado, la Pasión, donde hallaba «gran provecho y suavidad». Es el Cristo Siervo del Señor desfigurado, sin belleza, «despreciado y evitado de todos los hombres». El Cristo que «nosotros estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros errores» (Is 52, 14; 53, 2-5). Pero, también, el Cristo enviado por el Padre para demostrar su amor hasta la muerte y darnos la vida» (Jn 3, 16).

En el capítulo XIV, Castro revela el misterio profundo de donde brota el amor de Juan, no entendido por algunos, porque tampoco entendían «cómo le había el Señor metido en la bodega del vino y ordenado con él su caridad, y de tal manera se avía embriagado en su amor».

Estamos en uno de los temas preferidos de la literatura mística para explicar la inexplicable hondura del Amor, la embriaguez mística. Se trata del Cantar de los Cantares 2, 4 en la versión de la Vulgata<sup>72</sup>. Forma parte de la herencia espiritual de la Fraternidad hospitalaria y en él descubre Castro el origen del carisma de Juan de Dios: la locura de Amor a Cristo hecho realidad en el pobre que acoge en su casa, hospital.

Castro, al comentar el Cantar, sigue el esquema bíblico llamada-respuesta, iniciativa de Dios-respuesta agradecida. Los especialistas afirman que en el contexto nupcial que describe el Cantar, Dios actúa de Esposo y se enamora de su pueblo: Dios siempre es quien llama y toma la iniciativa, introduce a Israel en su bodega para embriagarlo con el vino de su amor tras perdonar todas sus iniquidades.

La experiencia de sentirse perdonado, y amado amante: la nueva criatura, la Esposa, se siente envuelta en la Alianza y res-

71 Francisco de Castro, *Historia*, 38-38v., 39r., 44r.

72 «Introducit me rex in cellam vinariam, ordinavit in me caritatem».

ponde a la embriaguez del Señor de la única forma posible, amando en plenitud. Recordemos a Castro: «Era tanta y tan grande la caridad de que nuestro Señor avía dotado a su siervo... y de tal manera se avía embriagado en su amor, que ninguna cosa negaba que por él se le pidiese».

La experiencia del amor recibido llevó a Juan de Dios a devolver amor por amor, «hasta dar muchas veces, cuando no tenía otra cosa, la pobre ropa que traía vestida, y quedarse desnudo, siendo piadosamente para todos». Desde la conversión, la medida de Juan de Dios será amar sin medida al Señor y a los hermanos sufrientes, «sin apariencia humana», como el Crucificado. Dice Castro: «... y con la viva consideración de lo mucho que avía recibido del Señor, todo cuanto hacia y daba le parecía poco, y siempre se hallaba deudor de más; y así vivía con aquella ansia, que los santos, de darse así mismo, por mil maneras, por amor del que era tan magnífico, y largo avía sido con él».

Sólo desde esta clave de alianza y nupcial, donde la iniciativa corresponde al don de Dios en Cristo Crucificado y la respuesta a Juan, embriagado de amor hasta dar la vida por los hermanos pobres y enfermos, se comprende el carisma del propio Juan y de la Fraternidad hospitalaria. Todo es gracia, don de Dios... también la respuesta. Estamos en la fuente y origen del carisma juandediano: «Siempre se hallaba deudor de más».

Castro tiene especial interés en ponerlo de relieve en los dos capítulos mencionados. En el XIII narra que los encuentros de Juan con las prostitutas se producían los viernes, como homenaje a Cristo, muerto en la cruz, por «nuestro remedio». De rodillas ente el Crucificado y ante la prostituta, lloraba sus pecados y recitaba la pasión del Señor «con tal devoción que se hacía sentir, hasta derramar lágrimas, y luego deziale: 'Mira hermana mía, cuánto le costaste a nuestro Señor, y mira que padeció por ti'»<sup>73</sup>.

En el capítulo XIV, después de exponer la generosidad de Juan con los pobres de su hospital, añade Castro: «Otro caso sucedió, en que mostró su caridad en poner la vida por sus hermanos». Y cuenta la escena del hospital Real en llamas y Juan de Dios socorriendo a los pobres enfermos entre el fuego. Concluye Castro: «Y de estas obras se podían referir muchas, que en su vida pasaron, que por brevedad se dejan. Sólo diré que quien entrara en su hospital bien manifiestamente viera la caridad de este hombre».

73 Francisco de Castro, *Historia*, 38v.

Los ejemplos de Castro tienen valor simbólico. La prostituta, para la Escritura, expresa la negación del amor y de la fidelidad, la vuelta a los ídolos, tema largamente tratado en los profetas. El retorno al esposo es símbolo, a su vez, de la plenitud de la Alianza del Dios fiel con su pueblo que, a pesar de todo, la espera y acoge con misericordia y ternura nupcial.

El «poner la vida por sus hermanos», revela el amor del Padre y del Hijo hasta el extremo: antes de la Pascua, y de rodillas ante los apóstoles, para lavarles los pies (Jn 13, 1). En este contexto bíblico, al que remite Castro, el hospital es la respuesta amorosa de Juan al amor vivido como fidelidad, misericordia y ternura —Alianza— y como celebración del amor de Dios que le ha embriagado: amor y ternura que se desbordan, a su vez, haciéndose acogida, servicio y hospitalidad de los pobres y enfermos.

Decíamos que el tema del Cantar 2, 4 es uno de los preferidos de la literatura mística. Juan de la Cruz le dedica en el *Cántico espiritual* las canciones y comentarios XXVI, 2, XXXVII, 7, 8 y, sobre todo XXVII:

*En la interior bodega  
de mi Amado bebí, y cuando salía  
de toda aquesta vega  
ya cosa no sabía  
y el ganado perdí que antes seguía.*

Francisco de Castro no se inspiró en Juan de la Cruz cuando refiere el texto del Cantar 2, 4 a Juan de Dios. El *Comentario al Cántico espiritual* fue escrito en 1584. Ese mismo año Felipe II autorizaba a Francisco de Castro publicar la *Historia de la vida... de Juan de Dios*. Estaba, pues, escrita.

Existen razones para pensar que Castro se inspiró en el *Audi, filia*, la obra más conocida del maestro Juan de Ávila, que tanta importancia tuvo en la vida de Juan de Dios. El cap. 78 lo titula: «Que lo más excelente que tenemos de meditar e imitar en la pasión del Señor es el amor con que por nosotros se ofreció al Eterno Padre».

Es un camino místico hacia el *Sancta Sanctorum*, hacia la perfección, «lugar más precioso, y fin de otros lugares». «Y si preguntáis cuál sea este, digoos que el corazón de Jesucristo nuestro Señor, verdaderamente Santo de santos»<sup>74</sup>. Y si preguntáis por qué

74 Juan De Ávila, *Obras completas del santo maestro* I, Madrid 1970, 755.

ha hecho la maravilla de abrir «su corazón sagrado» y morir en la cruz, «responderos ha san Juan en su nombre: *Amónos y lavónos con su sangre nuestros pecados*. Rumiad estas palabras, asentadla en vuestro corazón, y paraos a pensar cuán excesivo y admirable amor es aquel que así arde en el corazón que hace pasar tales cosas de fuera. Decid entre vos misma»<sup>75</sup>.

«Excesivo y admirable», el eco del maestro Ávila se escucha en la palabra de Juan de Dios arrodillado ante el crucifijo y la prostituta, la infiel a la Alianza. El maestro Ávila no aplica las palabras del Cantar 2, 4 al cristiano, sino a la «santísima ánima» de Jesús<sup>76</sup>.

Pero inmediatamente se dirige a los discípulos para hacerles comprender la plenitud del seguimiento por amor: «Y porque, en la guerra del amor de Dios, quien es más vencido es más dichoso, más digno y más esforzado, lleva esta benditísima ánima la bandera del amor, para que sepan todos los que quieren amar en el cielo y en la tierra, que a éste Señor han de seguir para saberlo hacer, como discípulos a maestro, y como soldados a su capitán; pues a todos excede en amor, como les excede en el señorío»<sup>77</sup>.

Con la guía del maestro Ávila, Castro ha presentado la hondura del carisma de Juan Ciudad: seguimiento de Cristo, hasta el extremo, en respuesta al amor que «a todos excede en amor». Esta es, al mismo tiempo, la raíz cristológica del amor fraterno de Juan: asumir los mismos sentimientos de Cristo haciéndose pobre y obediente hasta el extremo de entregar su vida como oblación haciéndose servicio, acogida y hospitalidad de los más débiles: los tullidos, los ciegos, los niños, los dementes... El carisma de Juan de Dios no se limita amar al pobre; tiene siempre esta tonalidad: servicio-acogida-hospitalidad. No fue el fundador de los hospitales, pero sí el iniciador de una manera nueva de salir al encuentro de los enfermos, cargarlos sobre sus hombros y acogerlos en su casa haciéndose servicio y misericordia entrañable de todos ellos. De esa manera, Juan se identifica con el maestro: ungido y enviado por el espíritu para anunciar la Buena nueva a los pobres y curar a los enfermos (Lc 4, 18-19).

<sup>75</sup> *Ibid.*, 755.

<sup>76</sup> El maestro Juan de Ávila lo traduce así: «*Metióme el rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad*»; o según otra letra: «*Puso sobre mí su bandera de amor*». *Ibid.*, 757-58.

<sup>77</sup> *Ibid.*, 758.

### 6.1. *Mendigo de profesión*

Juan de Dios recorre toda Granada y provincia y por la Andalucía es peregrino de la caridad, pidiendo y socorriendo a los pobres y enfermos, la compartió con sus primeros compañeros sirviendo a los enfermos, con el comienzo de la Fraternidad hospitalaria, «vivían en forma de comunidad», «donde había grandes siervos de Dios», que émulos de la caridad de Juan de Dios, su Fundador, la prodigaron a su estilo, siguiendo sus huellas. Así lo presenta un documento de los padres jesuitas, posterior a la muerte de Juan. Con él iniciamos la serie de testimonios porque recogen con fidelidad, la memoria que Granada conservaba de Juan de Dios:

«En esta tierra hubo un hombre de grande santidad discípulo del P. maestro Juan de Ávila, llamabase Juan de Dios, fundador de estos hermanos de la capacha y se llaman de Juan de Dios, y se ejercitan en hospitalidad y tienen muchos hospitales de este nombre a su cargo, este santo barón murió en esta ciudad de Granada, con grandes muestras de su santidad como se vio en su vida y muerte que fue muy famosa y anda un libro impreso de ella. Hay en Granada, no lejos de nuestro sitio, un insigne hospital, en que hombres y mujeres destituidos de caudal, se curan. Obra que aunque tan grande y sumptuosa, emprendió y acabó el pobre más pobre que conoció aquella ciudad: mendigo de profesión, sus pies descalzos, sayal basto á raíz de sus carnes, su cabeza descubierta á las inclemencias del tiempo, su báculo en la mano, y su capacha al hombro; emprendió con ánimo verdaderamente grande el gran siervo de Dios Juan, recoger en el seno de su caridad los pobres todos que, ó le viniesen á las manos, ó por sus pies él salía á buscar á los campos, á los caminos, y aun á lugares lejos de toda esta provincia»<sup>78</sup>.

## 7. JUAN DE DIOS VIAJA A CASTILLA

Tras recorrer Andalucía y Extremadura, Juan de Dios pide parecer al P. maestro Ávila para realizar el viaje a la Corte. En esa época se hallaba en Valladolid para celebrar Cortes Generales. La carta del hospitalario no ha llegado a nosotros, pero sí la del P. Juan de Ávila y sus recomendaciones:

78 José Luis Martínez Gil, *San Juan de Dios, fundador de la Fraternidad Hospitalaria*, Salamanca 2000, AP, n. 21.

«Entended que la cosa en que más podéis agradar a Dios es tener vuestra alma limpia delante de su acatamiento; y mayor misericordia que podáis hacer, es tener vuestra alma agradable a él; por tanto, velar y orad, como dijo nuestro Señor, porque no os halle el demonio desapercibido, que os anda buscando mil achaques y lazos para os derribar; y paréceme bien que vayáis a la Corte a pedir por esos señores de Castilla, siquiera porque no os adeudéis tanto estando ahí; y mirar por vos estando ahí, y fuera de ahí, porque hagáis a nuestro Señor servicio, y ganéis la gloria para vuestro Señor que os crió, y él sea siempre vuestro favor y amparo. Amén»<sup>79</sup>.

Corría el año 1548. Animado por el maestro Juan de Ávila, y seguramente por el arzobispo D. Pedro Guerrero, que conocen los problemas económicos del hospital, Juan de Dios informó a los hermanos y partió a pedir limosna y recursos a la Corte en Valladolid. Le acompañó el hermano Pedro Velasco, como peregrino de la caridad y limosnero de los pobres.

Antes de partir dejó al frente del hospital, de la Fraternidad y de los voluntarios, al hermano Antón Martín, experto ya en la dirección y ministerio hospitalario. Fue un viaje difícil y duro. Castro escribe: «No bastante aun esto y sintiéndose congozado por favorecer a los que acudían, y pagar lo que debía, determinó de llegarse a la corte (que entonces residía en Valladolid) y pedir socorro al Rey, y a los grandes Señores: Dexando en su hospital a un compañero suyo, y amigo en su peregrinación, llamado Antón Martín, que mirasse por los pobres y casa, hasta que volviese»<sup>80</sup>.

El objeto principal del viaje es ver al serenísimo príncipe regente Felipe, rey en funciones de España. Contaba con el apoyo de sus amistades cortesanas para obtener limosnas, y otros recursos, y solucionar parte del inmenso problema económico del hospital de Granada.

### 7.1. «Ternura misericordiosa de Dios»

Juan de Dios presenta a Felipe II «seis o siete memoriales» en Valladolid. En uno de ellos de los hasta ahora inéditos nos viene a

79 San Juan de Dios, *Cartas*, Madrid 1965, Carta 3.<sup>a</sup> del maestro Juan de Ávila a Juan de Dios, 120. En LV.

80 Francisco de Castro, *Historia*, 53-4.

confirmar lo constatado en una de sus cartas<sup>81</sup>: La caridad de Juan entendió lo que es la manifestación del amor como entrañable misericordia, según se lo había enseñado el maestro Ávila: ese amor divino que se conmueve y perdona, pero que exige también respuesta generosa por parte del hombre. Juan sabía bien que la redención de Cristo es la máxima expresión de la misericordia divina. Dios muestra su misericordia al perdonar y todavía más, al prevenirnos de pecar<sup>82</sup>.

Perfectamente lo entendió Juan de Dios, porque siempre tuvo presente en su actuar la misericordia de Dios, que es amor, que es ternura materna, que es compasión para las miserias humanas, como lo dejó magistralmente escrito san Juan de Ávila: «En el corazón de Cristo encontramos esa ternura misericordiosa de Dios hecho hombre. Dios tiene «ternura de corazón... entrañas de misericordia», porque «Dios es amor». Ante la necesidad de los pobres Juan de Dios muestra ternura especialmente con los enfermos. Les infunde ese amor a Dios y, siguiendo la exigencia de ser apóstol de la misericordia, su celo va más allá de su hospital de Granada, interesándose por todos los enfermos en cualquier hospital. Tras las arduas gestiones realizadas en la Corte, el hermano Juan de Dios regresa a Granada con cédulas de pago.

Aunque estaba en Valladolid, su pensamiento lo tenía con los enfermos de Granada. Deseaba informar al maestro Ávila, que se encontraba por Córdoba, del resultado del viaje. Era a mediados de agosto. El P. Ávila había abandonado Granada para dirigirse a Constantina, ciudad al oeste de Córdoba. Se desprende de las memoriales que el viaje fue positivo en todo, su amor a los pobres y enfermos, por las limosnas y las cédulas recibidas y el buen ejemplo dejado en la Corte y en la familia real. Felipe y sus hermanas no lo olvidaron: le apoyarán siempre, incluso después de muerto, y lo tienen en gran valor por el bien que prestan los hermanos a la nación.

Su paso por Córdoba se trasluce en la carta a la duquesa de Sessa. Parece que fue una visita rápida, en septiembre, con el P. Ávila. Una vez más su director espiritual lo escucha y «Mándome luego salir y que me volviese a Granada»<sup>83</sup>. Le preocupó a Juan de Ávila ver a Juan de Dios cómo llegaba «desgastado» por

81 San Juan de Dios, *Cartas*, Carta 1.<sup>a</sup> a la duquesa de Sesa, 59.

82 Juan Esquerda Bifet, *Diccionario de san Juan de Ávila*, Burgos 1999, *Cartas*, 153-55 (Ser 76, 10s.), 623.

83 San Juan de Dios, *Cartas*, 1.<sup>a</sup> carta a la duquesa de Sessa. En LV.

el duro viaje, por lo cual era conveniente que llegase cuanto antes a Granada.

Los hermanos lo reciben contentos de su regreso y lo atienden en el hospital para reponerse. También tuvo en cuenta su larga ausencia y era conveniente la presencia carismática del fundador entre sus hermanos y enfermos. La dirección del hospital era eficiente en la persona del hermano Antón Martín, como hermano Mayor. Temió que Juan de Dios se liase de nuevo en Córdoba con tantos pobres y enfermos. Le aconsejó que regrese lo más pronto posible a Granada y Juan obedeció.

#### 8. PERFIL ESPIRITUAL DE JUAN DE DIOS EN SUS CARTAS Y MEMORIALES

Después de su viaje a Cabra, Juan de Dios comienza a escribir sus cartas, o cuando menos, la primera de las seis que conservamos. Podemos partir desde «*Fragmento que hace ver la totalidad*». ¿Se podrían enfocar bajo esta figura de hermenéutica moderna las seis cartas<sup>84</sup> que nos quedan de Juan de Dios para descubrir de modo nuevo su fisonomía espiritual? En principio, parecería demasiado prometedor esta regla para unas cartas que, de hecho, tienen como objetivo directo recabar fondos, o agradecer los recibidos, para una obra humanitaria, ciertamente en el contexto de la caridad cristiana.

Por las cartas que conservamos de Juan de Ávila a Juan de Dios, se vislumbra la caridad y el ministerio de caridad de Juan de Dios. Le indica unas pautas que le sirven de itinerario espiritual y de discernimiento de su vocación a los pobres y enfermos, el maestro Ávila le señala unas exigencias en la práctica de las virtudes desde la humildad, le estimula al servicio, con la disponibilidad y la entrega a los pobres y enfermos. Es de destacar cómo el P. Juan de Ávila se reconoce indigno de ser su padre espiritual y le dice que dios está contento de él por la «penitencia de lo pasado y enmienda de lo porvenir»<sup>85</sup>.

<sup>84</sup> Antonio de Govea, *Historia de la vida, muerte y milagros del glorioso patriarca y padre de los pobres san Juan de Dios*, Madrid 1624. Las publicó por primera vez unidas a su biografía y son fuente en mucho tiempo. 1.<sup>a</sup>, 267-8; 2.<sup>a</sup>, 268-70; 3.<sup>a</sup>, 518-20.

<sup>85</sup> Juan Esquerda Bifet, *Diccionario de San Juan de Ávila*, Carta 45, 14ss., 529-30.

Se le podría llamar Juan «de Granada». Pero el obispo de Tuy y luego lo confirmó el santo Juan de Ávila, su guía espiritual, tuvieron el acierto de apellidarlo «Juan de Dios»: «Dios delante sobre todas las cosas del mundo», encontramos en el encabezamiento de estas seis cartas. Y se adivina que no es un mero formalismo, sino aliento de su alma.

Trabajo y generosidad configuran definitivamente. Le cuesta mucho conseguir limosnas y quizá más todavía los empréstitos: pero se le escapan de las manos de modo inmediato ante la primera necesidad que encuentra. Así de sencillo: «El otro día —refiere— cuando estuve en Córdoba, caminando por la ciudad, hallé una casa con gran necesidad... Socorrilos con lo que pude, porque andaba de prisa negociando con el maestro Ávila».

Mientras tanto, declara a renglón seguido, ya de vuelta a Granada: «Yo estoy en tanta necesidad, que el día que debo pagar a los que trabajan, se quedan algunos pobres sin comer»<sup>86</sup>.

Lo que pudiera considerar su obra propia de Granada con todas sus constantes y urgentes necesidades no le ataba el corazón ni las manos para cerrarlas ante cualquier necesitado con el que topara. Y que el caso de Córdoba no fue una excepción lo confirma el relato biográfico sobre su viaje a Valladolid en busca de ayuda para saldar sus muchas deudas en Granada.

En el mismo Valladolid, donde quiera que encontrara un pobre, le daba lo que tenía. «Pero hermano Juan, le decían, ¿por qué no guardáis los dineros y los lleváis a vuestros pobres de Granada?». Y respondía: «hermano, dallo aquí o dallo en Granada todo es hacer bien por Dios, que está en todo lugar»<sup>87</sup>. Lo que san Pablo dice de la caridad, que «no busca lo suyo» (1 Co 13, 5), Juan de Dios lo aplica hasta a sus mismas obras de caridad. Buscaba sólo lo de Jesucristo, que son los pobres y enfermos en cualquier lugar que se encuentren.

En Granada Juan de Dios consume su vida al servicio de los pobres enfermos. Tiene presente las enseñanzas del maestro Juan de Ávila sobre la caridad: sabe que la perfección cristiana se expresa en el amor... esta caridad se aprende entrando en los sentimientos del Corazón de Cristo y especialmente meditando su pasión.

La caridad es, pues, la sintonía de la propia voluntad con la de Dios: «Por eso os dije que trujédeses un querer, con que quisiése-

86 San Juan de Dios, *Cartas*, Carta 1.<sup>a</sup> a la duquesa de Sessa, 59-61.

87 Manuel Gómez Moreno, *Primicias históricas*, 77.

des que el Señor fuese en sí quien es; porque la caridad en este querer consiste» (Carta 26, 208 ss.). Esta caridad nace de Dios, que es amor. La caridad no consiste, pues, en sentimientos, sino en decisión de la voluntad, en armonía con la voluntad de Dios. La señal de vivir en esa caridad para con Dios es «el amor del prójimo, que desciende de este profundísimo amor»<sup>88</sup>.

#### 9. EL HERMANO ANTÓN MARTÍN, SUCESOR DE JUAN DE DIOS

Antes de morir Juan de Dios nombra sucesor de la Fraternidad al hermano Antón Martín y lo confirma Castro: «Antes que pasase desta vida Juan de Dios, quedó encomendado el hospital a su compañero Antón Martín, para que rigiese y mirase por él como él hacía, el cual como bien enseñado de su maestro en la caridad y cura de los pobres, estuvo algunos días en el hospital ejercitando su oficio con mucho cuidado»<sup>89</sup>.

Después del entierro de Juan de Dios, D. Pedro Guerrero visitó el hospital, se interesó por todos los problemas del mismo, pagó las deudas que dejó Juan de Dios y confirmó al hermano Antón Martín como hermano mayor. Los hermanos siguieron realizando con el mismo fervor y entrega las obras de piedad: vida penitente y mortificada, asistencia caritativa a los acogidos en el hospital abierto a todos; socorriendo a los huérfanos pobres y a las viudas vergonzantes y haciendo postulación diaria por la ciudad con la capacha al hombro, repitiendo la fórmula que habían aprendido de Juan de Dios.

Continuaron recibiendo todo el apoyo de Granada, y las familias pudientes seguían contribuyendo con sus limosnas como lo hicieron con el Fundador. Los hermanos salían a los cortijos y ciudades de Andalucía para recaudar limosnas y frutos del campo para el hospital. También fue aumentando la comunidad con nuevas vocaciones. Hay que destacar en estos momentos la singular ayuda del maestro Juan de Ávila, que siguió apoyando y orientando la obra de Juan de Dios por medio de los hermanos. A éstos los sostenía con sus sabios consejos y apoyo espiritual y moral, y pedía a sus amistades que siguieran haciéndolo como lo hacían en vida del Fundador. Así fue en todo.

<sup>88</sup> Juan Esquerda Bifet, *Diccionario de San Juan de Ávila*, Carta 26, 235ss., 144-8.

<sup>89</sup> Francisco de Castro, *Historia*, 83.

#### 10. TESTIMONIO DE LOS TESTIGOS EN EL PROCESO DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN DE JUAN DE ÁVILA

Autos y trasunto de los procesos hechos en las villas de Madrid, Almodóvar del Campo y Montilla, ciudades de Granada, Córdoba, Jaén, Baeza y Andújar, para la Causa de Beatificación y Canonización del V. Padre maestro Juan de Ávila. Que se remite a la sagrada Congregación de Ritos realizados entre 1624-30. Presentados el día 22 noviembre de 1731 <sup>90</sup>.

Se realizan en las ciudades mencionadas, 38 preguntas, dos de ellas hacen especial mención a la relación de Juan de Dios con el P. maestro Juan de Ávila, tras escuchar un sermón la pregunta 23 habla de su conversión y la parte de colaboración en la fundación del hospital de Juan de Dios, pregunta 37.

La pregunta 23, dice: «Iten si saben el fruto grande que el dicho Padre maestro Juan de Ávila en sus sermones hizo en las Ciudades de Sevilla, Granada, Córdoba, Jaén, Baeza y Montilla y en otras ciudades, villas y lugares así de la Andalucía como de otras partes y el efecto de su Doctrina fue seguirse muchos aprovechamiento en las Almas para servir a Dios y grande número de personas muchas con ello tomaron estado de Religión y atendieron a la perfección del estado de sacerdotes... y Juan de Dios (de cuya Beatificación se trata) (16v-17). Como son preguntas generales responden casi todos los testigos afirmativamente a ellas. Floreto de los testigos:

Testigos: Juan de Bargas, responde: a la veinte tres dixo lo que otro tiene en la gracia que tuvo el santo Padre maestro Juan de Ávila apóstol de Andalucía, conoedor de espíritus de los que pedían parecer para tomar estado y que oyó decir que por su predicación el hermano Juan de Dios que a la sazón se hallaba en la Ciudad de Granada se convirtió a la vida de perfección y que tuvo por discípulos al Doctor Diego Pérez, maestro Juan de Villaras, maestro Juan Díaz, Doctor Bernardino Carlonal, Fray Luis de Granada personas de admirable ejemplo y santidad y conocidos por ella en estos Reinos y esto es lo que se sabe (f. 60v). A la pregunta 27, responde: dijo que en lo que ella se contiene, lo ha oído decir a muchas personas grandes y virtuosas y es público y notorio.

Proceso de Córdoba. 18 Enero de 1625. Diego de las Casas Platero, vecino de Córdoba, responde así: 'que como a santo le visi-

90 ASV. Arch. Cong. SS. Rituum, *Processus*, vol. 3173.

taron y comunicaron santos y como otro tiene particular estima que de nuestro santo maestro hizo. Y que el hermano Juan de Dios lo vino a visitar a esta ciudad estando el otro Padre maestro en el hospital de san Sebastián de Córdoba y habiéndose despedido de él hallando el otro hermano un pobre llagado en la puerta de la puente se lo trajo al otro Padre maestro diciéndole que le traía allí a Jesucristo y él lo recibió con mucha caridad, y hospedó y este testigo oyó decir a muchas personas que el otro Pobre era Jesucristo. Sabe la particular estimación que hicieron de esto los señores Marqueses de Priego y Montilla, y que a su instancia estuvo muchos años en la otra villa de Montilla predicando y enseñando con extraordinaria edificación y con maravillosas conversiones' (353v).

Proceso de Granada, Juana de san Gregorio, Pregunta 23: Dijo: 'y que así mismo ha oído decir que el otro venerable maestro Juan de Ávila, vendió su patrimonio y lo dio a los pobres y esto sabe y responde a esta pregunta' (388v)».

Es de destacar el cariño que tuvo Juan de Ávila a Juan de Dios desde el momento de su conversión, recibiendo su ayuda y orientación espiritual para culminar la obra hospitalaria y ser el padre de los pobres y enfermos hasta su muerte.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ GIL, OH.  
Roma

## SUMMARY

John of God, after hearing a sermon preached by Fr. John of Avila, began a new stage in his life; this new stage was guided at all times by Master John of Avila, who was always on hand to support his ministry of charity. Together they planned the future and the new vocation of John of God, that of attending to the poor and the sick and of opening a hospital for them; he was able to count on the help of the Apostle of Andalucía with his plan and hospital work until the end of his life. Spiritual direction was the responsibility of Master Juan of Avila, who advised him in the difficulties in fulfilling his work of charity and in his spiritual life. He had various meetings with him, he wrote him various letters and he encouraged him in his mission of exercising hospitality.